



«De la traducción a la creación» 2020







De la **TRADUCCIÓN** a la **CREACIÓN**

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

Palabras+ y la **Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE)**, en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra, la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) y el Club del Libro en Español de las Naciones Unidas, convocan la séptima edición del concurso literario para traductores e intérpretes «**De la traducción a la creación**». Este concurso se enmarca en los actos de la [Semana del Español en Ginebra](#).

En estos tiempos extraños e inciertos que vivimos, es imposible planificar con mucha antelación. Estas circunstancias nos obligarán a echar mano de toda nuestra creatividad para que la edición de 2020 de la Semana del Español sea distinta, sorprendente, pero igual de gratificante. Empezamos, por lo tanto, con nuestro concurso literario, que abre las festividades, y pronto os enviaremos más propuestas culturales para celebrar nuestro idioma.

1. TEMA DE LA SÉPTIMA EDICIÓN: JUNTOS, PERO NO REVUELTOS

Este año os invitamos a que nos enviéis:

un **relato corto** sobre el tema de la presente edición

y

una **imagen** o una **fotografía** que acompañe al relato.

2. PARTICIPANTES

Podrán participar los **traductores** o **intérpretes** (estén o no en activo) y los **estudiantes de traducción e interpretación** que tengan el español como lengua de destino.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada participante podrá presentar **una sola obra**. Para ello, enviará un correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es e indicará el título de la obra en «Asunto». En el cuerpo del mensaje, el autor indicará sus datos personales, un seudónimo y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete.

Adjuntará al correo dos ficheros:

- Un **documento Word** titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.doc/.docx que contenga el **relato corto** firmado con el seudónimo. La obra estará escrita en español, será original e inédita y no habrá sido premiada con anterioridad ni estará pendiente de fallo en otros certámenes. El tema de la presente edición es «**juntos, pero no revueltos**». Tendrá una extensión de **entre 300 y 500 palabras** y se presentará en caracteres Arial 11 a doble espacio.

- Una **imagen** o una **fotografía** (en formato .jpg, .jpeg o .png) titulada [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_FOTO.jpg/.jpeg/.png que guarde relación con el relato o que haya servido de inspiración a la hora de escribirlo. Para garantizar el anonimato, el autor no podrá aparecer en la fotografía. Podrán utilizarse fotografías propias o cualquier imagen de dominio público (en internet hay diversos repositorios de imágenes **libres de derechos de autor**).

4. JURADO

Si no te llega la inspiración para enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores, que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes participar como escritor enviando tu obra antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra, Suiza) del **20 de septiembre de 2020**.

Si quieres inscribirte como lector, envía un correo electrónico con tus datos personales y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el **20 de septiembre de 2020** y el plazo para evaluar los textos termina el **2 de octubre de 2020**.

6. PREMIOS Y DIFUSIÓN

El autor del relato ganador recibirá un premio de **250 CHF** en metálico.

El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página web del concurso](#) y las redes sociales en **octubre de 2020**.

A medida que el Comité organizador vaya recibiendo las obras, publicará las fotografías junto con extractos de los relatos en las siguientes redes sociales:

- Perfil de Instagram de Palabras+: [@palabras_mas](#)
- Perfil de Facebook de Palabras+: [Palabras+](#)
- Perfil de Twitter de la AFIE: [@AFIE_ES](#)

7. OTRAS CONDICIONES

La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.

Los datos personales facilitados con motivo de la participación en el concurso no se utilizarán para ningún otro fin.

Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.

En vista de las circunstancias actuales, Palabras+ se reserva el derecho de modificar los plazos indicados en las presentes bases.

Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

«La tercera y la última»
Iacobus (Diego Steven Salamanca Zárate)

RELATO GANADOR

Minutos antes de entrar al auditorio, el ruido de un florero roto le hizo volver la mirada. Vio el tiempo escurriéndose y se percató del retraso. Ya no había forma de caminar lento: la definición misma de la negación del placer. Llegó tarde y sin aire. Saludó con las cejas a los oboes y se sentó junto a ella agitado, triste, sin haber practicado el pasaje que habían estado revisando juntos la tarde anterior. Había roto la primera promesa. Ella lo miró y, sin decir una palabra, le dijo que todo estaba bien, que respirara y se preparara para atacar el segundo movimiento.

Luego, se desató el silencio previo a la inminencia del primer acorde. Ahí estuvo: puntual, afinado, dramático. Después entraron las cuerdas. El tema comenzó a alternarse entre ellas y a extenderse hasta que todos los arcos de la sección estuvieron en movimiento conjunto y disyunto y paralelo. Se miraron; el soplo de ansiedad que anuncia siempre la entrada de su primera nota comenzó sutil y lo fue devorando, *poco a poco*, mientras las cuerdas ganaban en intensidad. Ella embocó su mejor arma y, con un gesto de cuerpo entero, le dio la entrada. Se quedó frío; se había dejado ganar por la intensidad del soplo y por el brillo de ese anillo denso que portaba desde antes de tocar juntos, de entrar juntos, de salir juntos. Dos compases después, cuando el tema comenzó a fluirle sin gracia de los pulmones y a confundirse con la masa orquestal, se percató de que había tenido que entrar dos compases antes, en el sol sostenido: la había dejado sola. Había roto la segunda promesa. Solo entonces comprendió que ya no le quedaba más que despertarse y asumir.

Y así fue. Se abrieron lentamente los telones de la vigilia. Un gato cualquiera había roto un florero cualquiera. Se levantó decidido a empuñar su instrumento, a redimirse por haber hecho del sueño una pesadilla. Se acordó, entre notas largas, de la entrada tardía y del anillo que todavía le pesaba en la conciencia. Pensó en la violencia tácita de la última conversación, en la última mirada y en el silencio. Reconoció que debió haber escuchado mejor al viejo sabio

que le enseñó el arte complejo de darle forma al aire cuando le decía que cuidado con las frases y con los finales; que parte del secreto estaba en cuidar el balance con las otras voces, sí, porque tocar juntos es delicado y porque hay que saber entrar juntos, claro, pero no revueltos. Eso nunca. Aunque ya era demasiado tarde. Pero, al menos, se había soñado con ella: no había roto la tercera.

«Una conexión metafísica»

Runa

Mi amor me saluda con un *hola, te amo* en vez de un beso. Tiene barbijo, yo también. Las palabras reemplazan el tacto. Ya se puede circular por la ciudad de Buenos Aires tomando las medidas recomendadas. El Parque Centenario suele estar lleno, pero decidimos que fuera nuestro lugar de reencuentro porque a él le queda cerca y a mí me pueden alcanzar con el auto. Mientras no toquemos nada ni nos acerquemos a nadie todo va a estar bien. Nos sentamos en un rincón bajo un jacarandá.

Solía venir a este parque cuando era muy chiquita. Iba a visitar a mi abuelo, que vivía enfrente, y nos encantaba andar en bicicleta, comprar maíz y alimentar a las palomas. El parque cambió desde entonces: lo enrejaron para evitar vandalismo durante las noches, fue rotando la feria con libros, se empezó a llenar de vendedores de objetos usados alrededor de él y comenzaron a proyectar películas gratuitas. Pero desde que lo conozco que es el destino de deportistas, familias y artistas que se sientan sobre el pasto a tomar mate y practicar canciones con la guitarra. Es uno de los parques más grandes y emblemáticos de la ciudad.

Con mi amor estamos a días de cumplir dos años de relación. Nos conocimos en un ciclo de poesía, yo leí parte de mi obra y después nos quedamos haciendo tertulia. Fueron meses de películas y cafés, de caminar agarrados de la mano. También viajamos a otra ciudad del país y la recorrimos hasta que nos dolieran los pies. Nos encontramos por última vez una semana antes de que comenzara la cuarentena. Festejamos otro mes más de relación con cerveza y comida rica. Hicimos un brindis. A mí me daba igual comprar eso, pero él insistió y se mostró especialmente cariñoso, como si tuviese alguna idea de lo que se avecinaba a nivel mundial. Soy una persona asocial, cuando vi las noticias sentí que mi vida no cambiaría demasiado con el aislamiento. Y de hecho, así fue. Pero a él sí lo extrañé. Somos una de las pocas parejas que sobrevivieron a la cuarentena. Tenemos el tesón de dos personas que ya se arriman a los treinta y pasaron por varios romances.

Para sentir que hacemos algo juntos, solemos poner una película al mismo tiempo cada quien desde su casa y la comentamos. No hablamos todos los días y entendemos cuando el otro está ocupado o tarda en responder. Unos años antes probablemente ni él ni yo hubiésemos soportado la situación, pero nos criaron a la antigua y aprendimos a concebir el afecto como una necesidad que jamás debe forzarse. Soy una mujer avocada a mi carrera y él también cuenta con sus propios proyectos. Por otro lado, a pesar del típico contacto físico, lo nuestro es por sobre todo espiritual. Una conexión metafísica. Pienso en la profundidad que solía tener la correspondencia de los romances a distancia, nuestra manera de mirarnos y relacionarnos no se aleja mucho de eso.

«Por el filo»

Pablo Evangelio

Nací y me crié en un barrio marginal, en un barrio de guapos, como el que describe Rubén Blades en Pedro Navajas: “En barrio de guapos, cuida’o en la acera, cuida’o camará que el que no corre, vuela”. Por esa razón, crecí oyendo la expresión “juntos, pero no revueltos”. Mi mamá solía decirnos a mi hermana y a mí que debíamos llevarnos bien con todos, sin olvidar que estábamos juntos, pero no revueltos. En ese barrio hice mis primeros estudios y tuve mis primeras broncas, sobre todo con el guapo más fiero, el toro que más meaba: el Filo. Le decían así porque siempre andaba armado. Nos fajamos muchas veces y siempre lo superé. Ahora que lo pienso, creo que comenzó a andar armado cuando se convenció de que no podía ganarme. Pero en la secundaria comencé, por fuerza de las circunstancias, a alejarme del barrio. Y luego más, cuando entré a la universidad. Estudié medicina y me hice cirujano. A partir de ese momento, algunos en el barrio me llamaban el médico de la familia, porque a todo el que me necesitaba le tendía mano, con total presteza. Otros, los que no veían bien que me hubiera hecho médico, me llamaban el Filo 2, por mi uso del bisturí y como una manera de acentuar y perpetuar mi rivalidad con el Filo, quien, dicho sea de paso, nunca más me había dirigido la palabra. Llegó un momento en que llevé a mi novia, médico también, a mi casa. Me visitaba con frecuencia, y nuestra presencia comenzó a levantar algunas ronchas. Era como si algunos pensarán que vivir en el mismo suburbio nos obligaba a estar revueltos. Por mi parte, las palabras de mi madre eran el pensamiento que me asaltaba a diario. Y para colmo de males, el Filo comenzó a meterse con mi novia. Al principio, la piroleaba cortésmente. Pero fue subiendo de tono. Le tiraba besos. Le reiteraba: “Liebre, deja que te coja”. Ella no me dijo nada, pero me enteré por otra vía. Mi novia me tranquilizó diciéndome que él era el clásico caso del perro ladrador que no mordía, y que no pasaría de ahí; pero yo lo conocía, el Filo sí mordía. Un sábado fuimos a una fiesta. De regreso a su casa, le dije a mi novia para tomarnos una cerveza en un bar que estaba en su barriada. Ella no quería, pues yo me había dado unos cuantos tragos de ron.

Logré convencerla. Cuando entramos, al primero que vi fue al Filo. Pedí una cerveza, la bebí y fui al baño. Al regresar, estaba el Filo irrespetando a mi novia. Le salí al paso, sacó un cuchillo que parecía un machete, forcejeamos y sentí que flaqueó: lo había matado con su propia arma. Alguien gritó, “Ganó el Filo 2”. Yo solo recordé la sabia sentencia de mi madre. ¡Cuántas vidas había salvado gracias al filo! Y en un abrir y cerrar de ojos, veía mi carrera empañada, estropeada, por el filo.

«Soledad forzada»

A.C.R.

En tiempos tan turbulentos como los que estamos viviendo ahora, confinados, sin tener más vida social que mi loro Antón, él único quien es capaz de dar algo de sosiego a mi existencia en este momento, he tomado la drástica decisión de hacer limpieza en la inmensa buhardilla atiborrada de antigüedades de siglos pasados. Lleva décadas abandonada y aprovecho esta fase de confinamiento para hacer algo útil con tantas horas vacías y días por delante encerrada en casa. Serán días largos, interminables y puede que para muchos sea el pasatiempo menos entretenido para llevar a cabo. No obstante, pensar en que por los pelos me quedo atrapada en el piso de Madrid, sin disfrutar de la cultura, sin ver a nadie y sin contacto físico, me provocó tan gran malestar y aflicción que sólo pude salir huyendo a tiempo.

¿Qué sería de nosotros sin internet para estar en contacto con las personas que queremos para vernos? Hace posible que estemos todos **juntos, pero no revueltos**. Por esta razón, da lo mismo si estoy en Madrid o en la casa del pueblo perdida de la mano de Dios. Antón y yo nos compenetramos estupendamente, pues para él mis decisiones son siempre las correctas, y sabe escuchar aquello que digo. Es el compañero ideal.

Una tarde en pleno proceso de limpieza en la ennegrecida, polvorienta y abandonada buhardilla, hice un singular descubrimiento. Era un objeto extraño, situado en un rincón oscuro y a primera vista pasa desapercibido y a medida que me iba acercando a él me transmitía una energía en cierto modo cautivadora. Estaba cubierto por un velo que en su día era blanco, lo destapé y mi sorpresa fue grande cuando vi que se trataba de un cuadro cuya imagen tuvo un impacto inmediato sobre mí. Me hizo sentir identificada con ella, ya no se iba de mi mente. En cierto modo me provocaba algo de angustia y quise ponerme manos a la obra para distraerme, pero cada vez que me giraba, notaba esa energía fascinante que tenía la pintura. Debe de llevar décadas olvidada en esta casa enorme. La joven que abraza a la muerte con toda su pasión refleja a la perfección mis sentimientos. Enseguida entendí la conexión con el cuadro. El mundo sufría por la terrible Gripe Española en los años 20 del siglo XIX. Si se

podiera amar a la personificación de la muerte, le pediría misericordia para dejar ganar la batalla a todos aquellos quienes están luchando incansablemente en los hospitales.

¿Estamos obligados a sentirnos responsables por esta situación? ¿Somos parte del problema o de la solución? Aislarme de la sociedad es la mejor decisión que he podido tomar ante la perspectiva de un futuro bastante incierto.

—¿Por qué sientes la necesidad de llevarte tantas almas inocentes? —le pregunté a la muerte con mi voz interior.

—La humanidad tiene que aprender que hay que actuar para salvar el planeta, no soy culpable, soy parte de la vida y un regalo para la conciencia.

«Ausencia»

Gaia

Cada mañana, mi mente divaga por los oscuros pasajes de mi memoria y me detengo en ellos una y otra vez hasta caer en el campo lúgubre de pensamientos melancólicos. El ladrido de mi pequeño amigo peludo y la cálida voz de mi madre al pasar por mi habitación me despiertan súbitamente. Me levanto de la cama con cierto pesar, me aseo y bajo a desayunar. Saludo a mi madre con voz tenue. Cabizbaja y con rostro macilento, me responde con el mismo tono de voz. Cojo una taza de café, un pedazo de pan y un vaso de agua. Rápidamente vuelvo a mi habitación, cierro la puerta y comienzo mi rutina.

Las horas pasan y continúo trabajando sentada frente a mi laptop. Solo por los sonidos intestinales que me impulsan a comer, salgo de mi guarida. De vez en cuando, oigo la puerta abrirse y cerrarse: mi madre ha salido a hacer algunas compras. En el almuerzo, nos sentamos en la mesa de la cocina, no la del comedor, ya que es muy grande para las dos. Tenemos una pequeña plática sobre temas ajenos a ti. Luego, un breve silencio invade la cocina y hace que nuestra conversación concluya abruptamente sin cruzar miradas. Cuando vuelvo a mi habitación, puedo oír sollozar tímidamente a mi madre. Mis dulces palabras ya no son un consuelo. Solo mis brazos pueden lograr calmar en algo su aflicción. Ruego que el tiempo pase y se lleve consigo este tormento. Nuestra convivencia se ha ensombrecido por la ausencia de tu voz en casa. Solo espero que nuestra relación no se convierta en un camino de esperanzas muertas.

Para distraerme, por la tardes, suelo ir a tomar un café con mi mejor amiga, y por la noches, especialmente los fines de semana, una copa de vino con amigos. No hablamos de ti, claro está. Nuestras conversaciones se enfocan en el trabajo y cosas triviales. Me viene bien charlar con ellos y olvidarme de esos nubarrones que de vez en cuando me acechan y se manifiestan arrancando sin compasión la quietud de mi alma.

En estos últimos días, mamá y yo hemos podido mantener la calma. No ha sido fácil asimilar tu ausencia en casa y adaptarnos a tu nueva vida, pero estoy convencida que

sobreviviremos. ¿Recuerdas aquellos atardeceres en la playa donde nos tirábamos en la arena sin pensar en nada y contemplábamos aquella pincelada perfecta de la naturaleza? Pues puedo decirte que la apacible sensación de aquel recuerdo familiar me abraza en los momentos que necesito adormecer el dolor y tengo la esperanza de al menos poder aferrarme a ella por un buen tiempo.

«Morten Vita»

El Coke

Mientras sentía la alegría del surgimiento de tu vida, sentía la tristeza del desvanecimiento de la de tu abuelo. Mientras tu cuerpo agarraba fuerza y belleza, el de tu abuelo se volvía opaco y débil.

Previo a tu nacimiento, tu abuelo te esperaba con la alegría que borrosamente podía expresar por su enfermedad, y tú con tu gran sonrisa durante los ultrasonidos, nos enseñabas que venías con júbilo. Una vez que naciste, afortunadamente y aunque no te acuerdes, ambos alcanzaron a convivir, a compartir sonrisas y caricias, momentos agridulces que quedaron grabados y que conocerás a través de fotos.

En las noches abrazándote, mientras te arrullabas en mis brazos tranquilamente, escuchando tú respiración y gemidos de bebé, al mismo tiempo, podía escuchar en el cuarto de a lado, los quejidos de tú abuelo debido a su enfermedad que no lo dejaban conciliar el sueño. Había ocasiones en que terminaba de cambiarte el pañal, para ir inmediatamente a cambiar el pañal de tú abuelo, lo mismo con la alimentación, agua, descanso y lo que se necesitará para ayudar a tu madre y a tú abuela, yo era el comodín del equipo. Todo lo hacía con amor, tratando de ser paciente porque había días que la desesperación nos hacía rendirnos y quejarnos, sin embargo, eso me recordaba una gran regla de la vida; a los familiares se les protege en sus momentos más vulnerables. Así como tu abuelo me cambió el pañal, me protegió y cuidó durante muchos años, ahora yo lo hice con él y contigo, sin esperar que tú un día lo hagas por mí, porque las grandes cosas en la vida, se hacen por voluntad, sin pedir nada a cambio.

El deseo de simplemente verte crecer cada día, era tan intenso como el que sentía para que tu abuelo descansará por fin. No es que le deseara la muerte, pero su enfermedad lo tenía ya en una cama, prácticamente sin poder moverse, con dolor porque su vida estaba llegando al final, y no había nada para evitarlo, mientras que la tuya iniciaba, afortunadamente para todos, con salud, prosperidad y buenas noticias. Hija, en la noche

que tu abuelo falleció, aunque tú no lo recuerdes, te portaste genial porque no lloraste, comiste de tu madre, dormiste, dejaste que él muriera en paz y me regalaste una gran sonrisa en un momento de vulnerabilidad.

Para tu abuela, tu mamá, y yo, el haberlos cuidado” juntos, pero no revueltos”, mientras experimentábamos el surgimiento y el desvanecimiento de dos vidas durante varios meses que estuvimos encerrados en una casa debido a la pandemia mundial, se convirtió en una enseñanza hermosa de valor y fuerza, que espero que un día tú puedas revivir a través de estas pequeñas palabras. No te quede duda, fuimos un gran equipo, incluyendo a tu abuelo que ya te está cuidando desde el cielo.

«La caza de la rata»

Nina

Teresa estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Estado de alarma? ¿Confinamiento? ¡Los profes ya no nos dejarán salir de la habitación!

No sabía cómo consolarla, yo también me había llevado un buen chasco. Hoy era sábado, y como cada sábado teníamos previsto quedar con Jaime, Alejandro y Nicolás. Ellos son los hijos de la señorita Elena, la directora del internado. Tenemos prohibido usar el teléfono por lo que quedamos siempre a la misma hora y en el mismo lugar para disfrutar de nuestro juego favorito: “la caza de la rata”.

Me temo que el nombre ya lo dice todo. Para jugar se necesitan solamente tres cosas: un espacio cerrado, una herramienta como una pala o un rastrillo y una rata. Sí, una rata de carne y hueso.

Tenemos el lugar perfecto. Saltando el muro del patio (lo cual es una falta muy grave), y atravesando el invernadero y el huerto de las calabazas (lo cual es más grave aún), se llega a una senda que conduce a un cobertizo abandonado en las profundidades de un bosque. El tejado está oculto bajo el musgo. Las paredes, carcomidas. En su interior abundan el polvo y las telarañas.

Estarás pensando: ¿a quién se le ocurre entrar en un sitio como ese? Eso es porque no te he contado todavía la mejor parte. Al fondo hay una carretilla y una montonera de cachivaches. Allí es donde viven las ratas. No son muchas, a lo mejor cuatro o cinco. Son relativamente pequeñas, con unos ojos enormes y negros y... bueno, no te las describo más.

Jaime, que es el mayor, extrae papel de periódico del bolsillo de su pantalón, lo quema con el mechero de su padre y lo deposita en la zona de las ratas. Al no soportar el humo, siempre sale alguna de entre los trastos para darse la fuga. Pero nosotros ya estamos preparados con nuestras palas y nuestros rastrillos (o más bien los de Don Antón, el jardinero). A gritos y entre risas intentamos clavar las herramientas en el pelaje pardusco y húmedo de la rata. Nunca lo conseguimos, pero nos lo pasamos en grande empujándonos y corriendo a lo loco detrás de ellas, para luego tirarnos al suelo extenuados y muertos de risa.

Teresa se deja caer encima de mi cama.

— Vamos a aburrirnos mucho.

—Tienes razón, ya no seremos tan revueltos como antes —digo apretando su mano—. Pero tú y yo seguiremos estando juntas.

«Danzar»

Pangea

Hoy es el primer día que salgo de casa después del encierro que me ha sumergido en la más profunda tristeza. No consigo verle sentido a la vida. Ya nada parece ser como antes. Las calles, aunque han recuperado el trajín de siempre, han perdido parte de su esencia en este extraño proceso hacia la nueva normalidad. Observo con los ojos bien abiertos el cielo del centro. No pinta igual que el cielo de las partes más alejadas de la ciudad. Sé que suena ridículo, irrisorio incluso. El cielo es el mismo aquí y en otro lugar. Sin embargo, he de reconocer que me siento menos valiente y que tengo mucho miedo de rodearme de gente. Temo incluso estar con mis seres queridos, pues nadie conoce realmente si seré un foco o no de amenazas para ellos. Recuerdo las tardes de abril mientras hacíamos interminables videollamadas que nos sacaban del eterno letargo en el que se nos convirtió la primavera.

Tú usabas una taza de porcelana china para verter lentamente el café colombiano y, después, bebías a sorbitos el contenido del recipiente mientras yo te contaba innumerables disparates para hacer más llevadera nuestra existencia. Soñábamos despiertos imaginando lo que haríamos cuando esta prisión de cristal nos dejase alzar el vuelo.

—Iremos a la montaña—decías tú—. Subiremos a lo alto del monte para danzar descalzos sintiendo bajo la planta de nuestros pies el tacto del rocío en la hierba.

—¿Quieres bailar desenfrenadamente? —te preguntaba riendo a carcajadas.

—Claro. Daremos vueltas sobre nosotros mismos descalzos. Perderemos la noción del tiempo mientras estemos en la montaña.

—¿Estaremos entonces juntos? ¿No tendrás miedo?

—Estaremos juntos, pero no revueltos. Tal y como estamos ahora. Ahora estamos juntos, pero no revueltos. Mantendremos la distancia prudencial y haremos todo lo pertinente. Descuida. Disfrutaremos del momento, eso es todo.

Ya han pasado varios meses desde abril. Hace mucho tiempo que no te veo. La promesa que hicimos no sé si llegará algún día a cumplirse. Sin embargo, a pesar del miedo con el que

vivo, cada fin de semana subo a lo alto de la montaña con una falda larga de vuelo. Voy muy temprano cuando apenas se ve gente por la zona. Observo las nubes durante un rato. Son blancas como la sal. El cielo suele tener un color azul intenso.

Me descalzo lentamente y comienzo a girar sobre mí misma. Noto el tacto de la hierba en la planta de los pies y el fresco que me produce el movimiento de la falda cuando doy vueltas sin cesar. Cuando pasa el momento de euforia, me relajo un poco. Vuelvo a calzarme las sandalias y me siento en la hierba con las rodillas plegadas y pegadas una a la otra. Apoyo el rostro en las rótulas y miro arriba.

Aún sigo esperándote. Espero que cumplas tu promesa y vengas a la montaña para danzar.

Para olvidar durante un instante lo que hemos pasado y disipar de tu mente la incertidumbre del presente.

«Epiphany»

Clover

Sucedió no hace tanto, cuando aún íbamos y veníamos entre países sin restricciones, sin covid... Él y Ella eran vecinos. Vivían en uno de tantos edificios de Buenos Aires. El mismo piso, departamentos enfrentados, separados por un palier.

Él, artista plástico, pinta cuadros, obras pequeñas o grandes donde convergen colores, símbolos, líneas: expresionismo abstracto. Ella, traductora, interprete, docente. Traduce, y escribe poemas en el tiempo entre tareas. Se cruzan casi siempre. En ocasiones al salir, otras al entrar, o comparten el ascensor.

A veces, Ella toca el timbre y pregunta -o comenta- algo... Otras, es Él quien le entrega una invitación para una muestra. Ella asiste. Las obras requieren atención, dice Él, buscar algo más allá, oculto para el que sólo mira... O es Ella quien, al verlo, le cuenta sobre el último guión que está traduciendo... Así, un día y otro, palier por medio. Hasta que aquella tarde, Ella dice: “¡Me salió un intercambio! Voy a Londres por un año”.

Llega el momento, toca el timbre del vecino para despedirse. Él abre, se miran. Él le alcanza un sobre marrón y dice: “es un cuaderno con bocetos, mirálos y los comentamos cuando nos volvamos a ver”.

Londres y el nuevo trabajo. Ambos exitantes. El sobre queda allí en su bolso. Un día cualquiera sale, camina, a la vuelta de la esquina; el Museo Británico. Entra aunque lo ha recorrido otras veces. Sus pasos la llevan hasta la piedra Rosetta, pequeña piedra, tres inscripciones que ayudaron a traducir, a interpretar, a saber lo que decía en cada una de ellas... Y lee lo que ya sabía “...*la piedra Rosetta despertó el interés público por su potencial para descifrar la hasta entonces ininteligible escritura jeroglífica egipcia*”,... “*tres escrituras distintas:... texto superior, jeroglíficos egipcios*”... “*parte intermedia, escritura demótica*”... “*inferior, griego antiguo*”. “*tres versiones del mismo texto*”... “*esencial para el entendimiento actual*”... “*el término «Piedra de Rosetta» es hoy usado en otros contextos*”... “*clave esencial*...”

El encuentro con la piedra y la historia detrás de ésta, quizá, le recordaron el sobre y el cuaderno que le diera Él antes del viaje. Deja la sala, se sienta en un café. Saca el sobre del bolso y abre el cuaderno. Recorre las hojas llenas de símbolos, pequeñas rayas, círculos, dibujos minúsculos, líneas... “grafismos” recuerda que los llama Él. ¿Qué significan? ... “clave esencial...” se repite Ella mientras observa detenidamente página tras página, “*buscar lo que esta oculto...*”. Hasta llegar al final. Allí, en esa última hoja descubre, escrito con tinta negra y plumín, las palabras “**Je t’aime**”.

Entonces, cierra el cuaderno y sin pensarlo más, saca su teléfono del bolso y lo llama.

Ahora, Ella y Él se comunican por zoom o whatsapp mientras esperan que pase el covid, o termine el año, para viajar y reencontrarse... En Londres o en Buenos Aires.

«Refranes letales»

Eloski

Primero los chorizos y las morcillas, luego las mollejas, el costillar... y cuando has comido lo suficiente para asegurarte un infarto, viene tu señor padre - y parrillero excelso - con la bandeja humeante de bondiola, lomo y chinchulines mientras se escucha la advertencia risueña de tu madre: —*Dejad un lugarcito para el postre, eh!*

¿Será su tiramisú de auténtico mascarpone *made in Italy* o los *cannoli* sicilianos fritos en manteca rellenos con ricota y fruta confitada?

—*Barriga llena, corazón contento...* —dice invariablemente mi suegro, chupándose los dedos rechonchos.

—*De grandes cenas están las sepulturas llenas* —escupo entre dientes.

Y cuando estamos todos en coma tragando nuestro ron supuestamente digestivo, llegan Pancho y tu hermana con su prole insoportable. Y así hasta las seis de la tarde, como todos los domingos desde que nos casamos hace diez años. Haciendo un cálculo grosero, qué serán - unos cuatrocientos ochenta domingos?

Al comienzo propuse alternativas, treguas, negociaciones, trueques. Recuerdo que una noche llevé a la mesa la sartén con dos huevos fritos y te hice ver lo lindos que eran tan juntitos pero cada uno con su personalidad, con su esencia intacta. La analogía no te gustó. Me echaste en cara la tradición familiar, la contribución de tus padres para comprar la casa, la caridad para con nuestros ancianos (los tuyos, obvio, no los míos). La caridad, te dije, comienza por uno mismo. Pues nada: no hay peor sordo... Pasé a las súplicas, luego a los pataleos, los chantajes y las amenazas. Me sonreías. Perro que ladra no muerde, ¿no es así?

Lo que no quisiste ver fue que dejé de ladrar y pasé a un peligroso silencio. Cuando una puerta se cierra, mi amor, otra se abre. Pese a que la energía de oponerme al colesterol familiar fue lentamente achatándose hasta quedar como un panqueque, otra cosa ocupó su lugar: la procesión, tesoro - esa que va por dentro.

El domingo pasado, mientras chorreaba la grasa del lechón sobre las brasas ardientes con un goteo siniestro, di rienda suelta a mis fantasías de siempre. Qué lindo sería disponer de mi tiempo libre! ver gente sólo cuando quiero verla y no por obligación o para evitar peleas! pasar el domingo en la cama disfrutando de mi propia pereza! Pero esta vez di un pasito más y me pregunté si nuestra malsana simbiosis, impuesta por tu afán de comando y mi vil sometimiento, no tenía remedio. La respuesta fue tan sencilla que me sorprendió no habérmelo preguntado antes.

Y bueno, salió todo impecable. Conocía el producto, sus efectos según las dosis y, claro, su virtud principal: imposible de detectar *post mortem*. Mi amor, no por nada soy farmacéutico. Y acá me tienes este día domingo saboreando el privilegio, o mejor dicho, el derecho de mi propia compañía mientras me cocino un par de huevos fritos perfectos, rosaditos, juntitos pero no revueltos. ¿Remordimientos? Ninguno: si no quisiste escucharme, no fue culpa mía. El que avisa no es traidor.

«Detrás de los geranios»

Lucero

Siempre habíamos sido pocos de familia, pero el abandono de papá había sumado desamparo a la sensación de soledad. Yo no tenía tíos ni primos, siempre había envidiado los almuerzos de domingo y las grandes mesas navideñas de los otros.

Ya hacía un año que estábamos las tres solas. Yo había tenido que postergar los planes de la universidad, pero estaba orgullosa con el puesto en el estudio jurídico. Mamá se ocupaba de la casa hasta el mediodía y, cuando se iba a trabajar, dejaba de paso en la escuela a Amalia, que por fin había dejado de hacer preguntas. Increíblemente, nos íbamos adaptando a esa nueva normalidad.

Ese lunes salí como de costumbre a las seis de la mañana, caminé las dos cuadras de casas con geranios, hasta la parada del autobús, y ahí estaba otra vez. Se cumplían dos semanas desde que ese hombre me esperaba ahí murmurando frases que no llegaba a descifrar, pero igual me asqueaban. Dos semanas que soportaba esa mirada turbia hasta las seis y dieciséis.

Sabía que mamá se iba a asustar y que no era momento para cargarle otra angustia. Los problemas de Amalia en la escuela, su trabajo nuevo y las deudas que papá nos había dejado eran suficientes. Pero ese día sentí que ya no podía callármelo.

Anocheceía cuando terminé de contarle. La preocupación era concreta, y sabíamos bien que no había soluciones efectivas contra este tipo de problemas. Mamá había caído en una angustia difícil de consolar cuando sonó el timbre. Era Rosa, la vecina; venía a traer unas boletas que el cartero le había dejado por error.

No sé exactamente cómo, pero a las dos horas todo el barrio estaba al tanto. Rosa; su marido, José; Tito, el del ovejero; Roberto, el carpintero; y los dos hijos mayores de Marta, la peluquera, se presentaron en casa con un plan. José fue claro. Al día siguiente, yo tenía que hacer como si no los conociera.

Salí de casa a las seis, caminé junto a los geranios, di vuelta a la esquina y ahí estaba.

Pero esta vez el murmullo fue interrumpido por los golpes de las puertas de dos autos.

Cuatro hombres de traje se acercaron, respaldando a quien parecía ser el jefe de la mafia.

Apenas pude reconocer la voz de José actuando como si estuviera confundiendo al hombre con otro mafioso. Llegué a descifrar algunas frases: “Sé quién te envía”, “No me gusta la competencia”. El tipo estaba pálido, apenas encontraba las palabras y, en cuanto pudo, desapareció para siempre.

Todavía nos reímos de aquella escena que nos convirtió en familia. Desde entonces, nunca falta la anécdota los domingos en lo de Rosa o en la mesa navideña.

Cada familia es diferente. La mía es enorme y está escondida detrás de los geranios.

«Su cadencia habitual»

Anele

Cada vez que ella pensaba en que pronto saldría de aquella pesadilla, más lejos veía la salida. Y lo peor de todo no era que Isabel lo pensara, sino que toda la humanidad tenía en su mente la misma incógnita. Aun así, Isabel hacía deporte todos los días, comía, daba un paseo y hablaba por teléfono. Un día, Isabel tuvo una conversación con su hermano. Este le dijo que dentro de poco no iba a poder visitarla y solo podrían hablar por teléfono. A partir de ese momento Isabel se dormía preocupada y no podía dejar de darle vueltas al asunto. ¿Y si su hermano se había metido en problemas? Ella quería ayudarle, pero los kilómetros que les separaban no hacían sino crecer su agonía. Entonces decidió llamar a sus padres, los cuales se encontraban en una residencia de mayores. Desde allí le comunicaron que la residencia había tenido que aislarse y las llamadas estaban restringidas. También le dijeron que sus padres no habían recibido ninguna visita. Cuando colgó, Isabel empezó a llorar. ¿Qué problema tenía su hermano como para no poder visitar a sus padres? Isabel se arrepentía de vivir tan alejada de su hogar, pero debía mirar hacia delante y llevar una cuenta atrás.

Los días pasaban y Isabel seguía haciendo sus tareas. La cotidianidad ya no significaba para ella una agonía, sino una oportunidad. Así mantenía su esperanza de sobrevivir. Pero ella sabía que algo había cambiado a nivel global. Era como si supiera que el mundo se había congelado. Y, realmente, así era. Su hermano le había contado por teléfono que por el estado de alarma habían tenido que encerrarse en casa. “Vaya ironía”, pensó Isabel. Ella era prisionera de sí misma desde hacía mucho tiempo y por eso llevaba un año en la cárcel. Su dictamen psicológico decía que había sufrido un shock postraumático tras robar un coche y secuestrar al conductor. Los padres de Isabel vivían permanentemente en la residencia, la cual habían tenido que aislar. Su hermano no podía salir de casa y ella, junto al resto de reclusas, cumplía su condena. La vida fuera de la prisión había cambiado y ella lo podía sentir. Las barreras invisibles por las que ahora fluía cada conversación eran diferentes y los anhelos

de sentir compañía crecían cada vez más. Después de que su hermano la llamara, Isabel se había enterado de que sus padres estaban en el hospital porque habían contraído el nuevo virus. En ese momento sintió cómo la furia y la tristeza se apoderaban de ella. Intentaba relajarse cerrando los ojos mientras apretaba los puños de tal forma que le temblaban las manos. La impotencia de no poder ver a su familia, aunque fueran de visita a la cárcel. Ella quería salir, pero la cuenta atrás seguía su cadencia habitual.

«#ESCRITOCALLENGE»

Shadre

“¿Y por qué no lo hacemos?” Sebastián insistía que este #escritochallenge podría funcionar; además sus días de pandemia parecían interminables...

“No sé, no encuentro nada personal en todo esto, me siento en mosca en leche cada vez que utilizo estas plataformas, pero lo que más me enfurece es que no podamos hacer el viaje que ya habíamos planeado”, Graciela hacía una mueca de desaprobación que contuvo a todos. Su poder de convencimiento era más fuerte que la voluntad del grupo. Sin embargo, María estaba demasiado aburrida como para escuchar a Graciela y sus constantes quejas, y tomó la palabra: “Hagamos algo, si Graciela no participa, no pasa nada. Pero Sebastián tiene toda la razón, tenemos la oportunidad de hacer algo diferente, incluso podemos promover estos retos alrededor del mundo, ¿Qué les parece?”

Martín respondió “Bueno, tampoco exageremos, ya que empecemos algo nosotros, y como veo la situación, es todo un reto, ahora promoverlo... es otra cosa”. De ahí en adelante todos estaban dubitativos pero el entusiasmo de Sebastián y María convenció al grupo.

“Entonces qué... ¿De qué hay que escribir?” Graciela estaba resignada; todos apenas soltaron la carcajada. “No seamos tan formales, la escritura debe ser... libertad, imaginación, motivación... ¡no seas aburrida!” María respondió.

Enseguida Martín añadió, “Bueno, entonces hagámoslo, nos volvemos a conectar en cuánto... ¿Qué me dicen? ¿15 días?”

Todos asentaron con la cabeza...

- - - - -

Una mañana Sebastián abre los ojos y mira su reloj despertador, ya eran las ocho de la mañana. Un café con pan le haría el día, pero al detenerse, observó el plato de frutas. Aquel melón lo hizo pensar en algo infantil, extravagante y exótico. Así que tomó su pluma y un papel de notas. Algo enloquecía en su mente.

Por otro lado, Graciela se sentía poco inspirada: algunas noches decidió retomar sus libros favoritos para darle la inspiración que ella buscaba, y que no lograba recrear. Pero, bueno, algunas cosas empezaron a salir...

Martín, pobre Martín. Él pensaba que su horario sumamente organizado le ayudaría a crear una de sus obras, las cuales consideraba magistrales. Sin embargo, lo que nunca creyó, es que mientras tomaba la ducha, su fiel Tommy haría de sus pensamientos, el desayuno de la mañana. Al salir, la desesperación lo hizo correr por toda la casa intentando atrapar a su fiel amigo. Para su desgracia, todos sus vecinos veían hasta sus partes más íntimas moverse libremente al viento.

- - - - -

Abrieron la llamada, el día acordado llegó. María se sentía bastante frustrada porque lo había olvidado, ¿Podría inventar algo? ...

Después de discusión y argumentos, alborotos, caída de llamadas, compartir y ceder tanto la pantalla... la tarde concluyó con golondrinas que enmarcaron la reunión virtual con los siguientes versos:

“La ventana es el escenario

A una obra paisajista

Casi irreal como surrealista

Canto de golondrinas

Que entrañas melodías

Con notas coloridas

Que bailan al vaivén de la brisa

Cruzando el umbral

Con los niños y sus risas”

MARTÍN

«Diálogos sobre el afecto en tiempos de pandemia»

Aficionado

- A. Hablemos del afecto en tiempos de pandemia. Me parece que esta situación nos está llevando a una serie de comportamientos que van a alterar notablemente nuestras relaciones. Está claro que la cercanía afectiva va a desaparecer y eso puede ser bueno en una situación en que el miedo al contagio puede vivir con nosotros una larga temporada. Tenemos que acostumbrarnos a estar separados.
- B. Pues, yo opino que la proximidad es muy necesaria y beneficiosa: genera conocimiento y cariño.
- A. Sí, pero, con eso de la “distancia social”, las manifestaciones de afecto se están complicando mucho...
- B. Desde luego. Ya no se va poder tocar a los niños, ni entrelazar los dedos, ni rozarse las mejillas.
- A. Habrá que buscar formas de proximidad que permitan estar un poco juntos, pero no muy juntos.
- B. Eso es imposible.
- A. A mí me parece que no del todo. Las personas también se comunican a través del whatsapp, del correo electrónico...: Es posible intercambiar ideas, experiencias, opiniones, y no llegar al contacto físico.
- B. Pero, en la práctica, sólo se ven y se oyen virtualmente; no se sienten cerca... La gente tiene cinco sentidos y el afecto descansa en los cinco.
- A. O sea, ¿tú opinas que no se puede estar juntos sin estar revueltos?
- B. Bueno, todo es matizable... Definamos la distancia social: ¿Es lo mismo estar cara a cara a un metro de distancia que estar uno al lado del otro, los dos mirando al frente?
- A. Es posible que tengas razón. Ahora tú y yo estamos uno al lado del otro, mirando los dos hacia arriba, pero no hay apenas contacto entre nosotros. Sin embargo, hay algo que nos une, aunque no estamos revueltos. Es una cosa muy clara.

- B. Pero, en cuanto empecemos a desayunar, se va a alterar todo y nos vamos a encontrar absolutamente revueltos.
- A. Pues no te muevas, ni me mires, ni te acerques. Juntos, pero no revueltos.
- B. A mí me parece que tú eres un huevo frito muy poco solidario.

«Junta, pero no revuelta»

Libhartsan

Entre tanto distanciamiento social, “cuidado. Aléjate que no lleva tapabocas”, recomendaciones sanitarias: “lávate las manos” y “manténgase a un metro de distancia”, todo se ha vuelto un incierto que nos ha llevado desde el interior, desde el inconsciente, como si fuera una decisión autónoma, a separarnos por supervivencia. Y sí, parece obvio: “estamos juntos a la distancia”; “juntos, pero no revueltos”. Pero vino entonces este encerramiento, esta soledad que casi que me obligó a otra compañía, a esa a la que no estaba acostumbrada, a esa que a veces ni consideraba: mi propia compañía. Y entonces por “obligación”, empecé a verme, a notarme, a sentirme y a reconocerme. Descubrí marañas y enredos que había acallado e ignorado, pero que, a pesar de eso, no habían muerto; seguían residiendo en mí y, ahora que el tiempo lo demandó, los reconocí.

Ya han pasado unos cuantos meses desde que empezó el reconocimiento de tal revoltijo de sentimientos, emociones y pensamientos que, sin darme cuenta, habían estado haciendo eco en mi cuerpo. Y es que me creía tan clara, tan segura, tan “junta, pero no revuelta”, que no veía que mis partes ignoradas se perdían y se enredaban entre ellas debajo de tanta ilusión de impenetrabilidad. Ellas me pedían a gritos atención y detenimiento por medio del dolor en mi cuello, en mi cadera y en mis piernas. Entonces, al verme revuelta, la necesidad, obligada, me llevó a observar cada una de esas partes de mí. Les puse atención, las escuché, las recibí y las acogí como nunca. Poco a poco he ido desenmarañando una a una, generando algo de alivio. Pero algo sigue ausente, algo que no ha permitido que me sienta tranquila con la nueva compañía, a pesar de ir desenredando cada una de las partes.

Vi entonces un rompecabezas. La figura se aprecia cuando sus piezas, tras ser reconocidas, se juntan armoniosa y ordenadamente. Luego de mucha paciencia y algo de habilidad, las piezas permiten formar el bello cuadro al que se ha querido llegar desde el inicio y que, muchas veces, resulta ser una sorpresa. Lo entendí.

No solo hacía falta desenredar los revoltijos. Faltaba unir cada parte de mí, conectarlas y comunicarlas, ya no revueltas, sino juntas, verdaderamente juntas. Me faltaba conexión y comunicación luego de una breve separación para desenredarme. Así, la nueva compañía se ha vuelto mi hogar y mi refugio. Ya no es la nueva, sino la mejor compañía. Ahora, hoy, junta, sin estar (tan) revuelta, espero que los tiempos se calmen; que luego de este distanciamiento, de esta identificación y desenredo colectivo, todos podamos volver a estar juntos, pero no revueltos.

«Juntos, pero no revueltos»

Degeh

Soledad cerró la puerta. La palabra “distancia” le entraba por las orejas, le carcomía la mente, le salía por la nariz. Los médicos, políticos, periodistas habían inventado una nueva religión cuyos ritos eran de obligatoria aplicación: ponerse el tapaboca para no ofender a la diosa, arrodillarse ante su poder omnipresente, purificar su altar con el incensio del miedo, reconocer su don de ubicuidad. Distancia social: prohibido visitar a sus padres; distancia física: prohibido abrazar; distancia mental: prohibido pensar en la Covid para no cundir en pánico. La misa tres veces al día bajo la forma de noticiero y el respeto total del cuarto mandamiento: te acordarás del día de reposo y no saldrás de casa el domingo.

Salió de casa. Debía respirar un poco, saborear el aire luminoso bajo un sol risueño que se burlaba de las medidas de bioseguridad, neologismo con sentido poco limitado y uso exponencial. Quedarse en casa era, a lo que parece, una cuestión de vida o muerte. Vida de preso, muerte de rata. “Quédate en casa” se había vuelto el hashtag de las mujeres celosas, de los maridos autoritarios, de los padres inquietos y de los gobiernos impotentes.

Tomó la calle de la Junta Revolucionaria. “Juntos venceremos la Covid”, proclamaban los heraldos del Gobierno, pero casi nadie detectaba el verdadero significado escondido tras estas palabras guerreras: juntos por separados, ¡Qué lindo oxímoron!

Caminó rumbo al centro de la ciudad por la avenida Bolívar. “Llor al Libertador de América”. Faltaba un detalle: si bien había roto las cadenas de la opresión española, el Libertador no había previsto una invasión masiva de depredadores invisibles, que no necesitaban armas ni buques de guerra. Esta vez no habrá otra Campaña Admirable. La Guerra a Muerte era de una vía.

La pandemia venía para todos por iguales, supuestamente, pero, a la diferencia de los turistas, se concentraba más en los barrios populares que en las zonas pudientes de la ciudad. La diosa había buen gusto, no quería molestar a aquellos que sí le podían dedicar plata.

Frente al edificio del Registro Civil, pequeños círculos amarillos indicaban a los tramitantes donde poner los pies. Dos metros entre cada marca. Mezclarse era reservado a los habitantes de las fosas comunes.

Llegó en la calle de la Independencia. Distancia, distancia, distancia... La ira le había tomado el estómago, le estaba subiendo por la garganta y le hacía rechinar los dientes. Respiró hondo y entró en un pequeño restaurante de ese barrio para desayunar. Cuando la mesera le pidió como quería los huevos, se tragó la saliva y solo pudo balbucear: “Juntos, pero no revueltos”.

«La ceremonia»

Parus

Cada amanecer el pordiosero se regala con gargajos guturales, se rasca con placer en medio de un paisaje envidiable de espuma celestial que desciende de nubes blancas, entre los rayos laminados de ese sol que el resto de la gente arropada en sus camas todavía no ha gozado.

Su reino es el baldío, su reina, la ginebra.

Lo despiertan los camiones que al pasar levantan con su impulso los diarios que le tapan la cabeza. Se estira, y sin premura repasa su ajuar de miserable.

Tiene un rito. Hace fuego con carbones de ayer y con algo de basura. Pone al fuego a calentar agua, algo turbia, en un tarro ahumado, sustraído no hace poco de un barrial.

La mirada perdida, acerca las manos costrosas al calor y de lejos parece que el fuego le tocara los dedos en dócil roce, sin quemarlos.

Hurga en el bolsillo ventrudo de su gabán lustroso de color inmemorial y saca un cuchillo roto, un corcho, un piolín extrañamente blanco, un alambre esplendente doblado en cuatro, pan viejo envuelto en un paño añejo, pero lo que él busca no aparece. Se inclina hacia el costado y justo adonde llega la mano alcanza la manija de una bolsa andrajosa.

Allí, sí, encuentra el cartoncito diminuto, que arrastra tras sí un hilo y un saquito de té, apelmazado, estriado, barrilete al viento expuesto a las brisas ondulantes del viento matinal. Lo tira torpemente, casi a ciegas. casi sobre el fuego, pero lo emboca, finalmente, en el agua hirviente del tarro enlozado azul oscuro abrupto por los golpes, aquel que fuera en mejor vida, pobre, pero limpio, mas aún, digno.

Del bolsillito de arriba saca una cuchara un poco torcida y desde un gesto casi delicado la limpia con un jirón de diario. Con ella recorre calmo la infinita trayectoria circular del tarro,

concentrado en la maniobra sin nada que envidiar al mago medieval que invoca crisoles y retortas invisibles.

Deja asentar el té un cierto tiempo, como se debe, y de a poco va sorbiendo el desayuno mientras aplasta paciente con los restos de sus dientes astillados, igual que ayer y que mañana, un tramo del pan desmejorado que extrajo prudente del trapo protector. De tanto en tanto, mira hacia la carretera, sin verla, y vuelve a su jarro, y a su pan.

Ya tiene el sol de frente, es hora de empezar.

Se frota las manos contra el pantalón, seca la cuchara con el borde del gabán, la vuelve a colocar en el bolsillo superior, sacude el tarro y boca abajo lo deja con cuidado al costado de una pila de cascotes. Apaga el fuego. Se incorpora vacilante.

Está de pie. Recoge su bolsa y en seguida, lentamente, echa a andar.

«Juntos, pero no revueltos»

La Roca

Son muchas las anécdotas que pudiese contar como parte del ejercicio de Traductor e Intérprete a lo largo de 20 años de mi carrera. Pero cuál fue mi sorpresa al notar la similitud del título del concurso con la naturaleza de algunos hechos pintorescos ocurridos en el ejercicio de la misma.

Válido aclarar que dichos hechos, mencionados en cuestión, son genuinamente verídicos. Mas, por limitaciones de escritura, me referiré en concreto a dos anécdotas que reflejan muy bien la esencia del título ya mencionado. Obviaremos las lagunas mentales en plenas conferencias, (a mi juicio, enemigo jurado del intérprete), el uso escabroso e inentendibles de algunos términos, para los cuales no hay traducción y vayamos en concreto al hecho en sí.

Cierta vez, durante el desarrollo de una conferencia respecto a la iglesia primitiva bajo el título: "Todas las cosas en común" el discursante abundaba sobre el carácter corporativo y grupal del uso de las cosas en la iglesia del primer siglo. Súbitamente se vió distraído ante la presencia de una bella joven en la audiencia. El intérprete, notando el cambio de inflexión, se percata de la distracción y trata de corregirlo, pero el orador, sin recato, comenta a la multitud:

- ¡Disculpen!, pero la belleza de esta joven me ha distraído-. La audiencia ríe, una vez traducido.

- Por favor joven, ¿cuál es su nombre? - Traduzco. Después de la respuesta, vuelve a preguntar:

- ¿Es casada? -. A lo que ella asiente.

- ¡Cáspita! ¿Y quién es su esposo? -Vuelve a interrogarla.

- El intérprete- responde.

Con todo respeto me dirigí al señor y sin desafío a su doctrina agregué:

-Discúlpeme, pero me temo que en este caso su enseñanza no aplica.

Durante una conferencia sobre el debate de la doctrina: “Elección personal”, impartida por un norteamericano PH. D en teología, de ademanes de Luisiana. Hacía énfasis y argumentaba sobre como todos somos iguales sin distinción. Ora por el tema, ora por su acento o por su volumen eufórico o por mi interpretación simultánea, el público denotaba confusión. Y justo después de dos horas de discurso, una vez concluido, se acerca el decano del seminario local, todo entusiasmado y me dice: “Genial maestro, genial. Pero el intérprete me estaba volviendo loco”.

Sin temor a equivocarme, creo que su enseñanza se pasó de éxito, porque de veras nos sentíamos de acuerdo en el tema, pero no tan literal.

Estas son unas breves reseñas de las muchas acumuladas y por las cuales agradezco.

Ahora puedo compartirlas para disfrute y provecho de quien pueda leerlas y añadirles a sus experiencias.

«La cena» *Rakel Faulke*

Suena el timbre e, inmediatamente, tira el trapo sobre la encimera. Se lava las manos y se dirige hacia la puerta mientras las va sacudiendo por el pasillo, dejando un rastro de pequeñas gotitas que tardan apenas unos segundos en evaporarse del parqué. Un segundo para coger aire.

- ¡Hola!
- ¡Muy buenas! ¿Qué tal? Ya era hora...
- ¿Qué tal la cuarentena? Se nos ha hecho eterna... con los niños sin cole...
- Pasad, pasad. Oye, que no teníais que traer nada. Fabio sale ahora, está terminando de hablar por teléfono.

Mientras los recién llegados se sientan en el sofá, Martina vuelve a la cocina a servir unas copas de vino.

- ¿Abrimos el Albariño?

Ya de vuelta en el salón, charlan animadamente sobre el único tema de conversación actual y sus diversas vertientes: pandemia, teletrabajo, distanciamiento... Martina, apurada, se excusa unos segundos y entra en la oficina de Fabio:

- Cariño, venga, que ya están Elena y Jesús esperando.
- Sí. Perdona, ya estoy. Me acaba de llamar mi hermana desde la clínica. Me confirma que el PCR que nos vino a hacer ha dado negativo.

Los anfitriones, por fin juntos, invitan a la otra pareja a moverse a la terraza. Cenarán al aire libre, escuchando a lo lejos el rumor de las olas, bajo un cielo estrellado y un aire cálido mediterráneo. Tras los últimos meses, una cena en estas condiciones parece casi una extravagancia. Los dos matrimonios se esfuerzan por mantener en todo momento la distancia de seguridad y, en ocasiones, tienen que elevar la voz un poco más de la cuenta para

entenderse, aunque tras la tercera botella de vino la conversación fluye sin ningún impedimento.

Poco antes de las 2 de la madrugada comienzan las despedidas. Elena va al baño mientras Fabio vuelve a la cocina a buscar una bolsa para que sus amigos se lleven la botella de vino que les ha sobrado.

Martina y Jesús se quedan en la terraza apurando el último cigarro.

En la oficina hay un ruidoso revuelo, todo el mundo trata de ponerse al día. Los teléfonos suenan, los trabajadores teclean furiosamente sus portátiles, las impresoras emiten un sonido lento, constante, acompasado... Elena mira la pantalla de su teléfono iluminado: Martina.

- Dime.
- Elena, estoy en el hospital. Tenemos que hablar. Fabio ha tenido un accidente de coche... Él está bien pero ya es mala suerte porque no habíamos salido de casa desde antes de la cuarentena y justo el primer día que sale a hacer la compra, le golpean por detrás. En fin, os llamaba para deciros que le hicieron un PCR al ingresar y ha dado positivo y como solo hemos estado con vosotros...

«El cuento de nunca acabar»

Lana

Son las 20:27, hemos quedado a las 21:00 en la plaza Mayor. Lo he calculado minuciosamente: tardo 3 minutos en recoger mis cosas y bajar, 9 en llegar a la parada del metro, un intervalo de 5 a 10 minutos para coger el metro y 8 minutos en llegar a mi destino.

Me dispongo a irme. Llevo mis cuatro imprescindibles – hasta hace poco eran tres – llaves, cartera, móvil y mascarilla. Decido no ponerme música, siento que me evade de mis pensamientos y me conozco, me gusta pensar. Me gusta pensar en qué pasará, en el infinito mundo de posibilidades que se abre ante mí en el momento de cerrar la puerta del portal.

Voy de negro y pienso – otra vez – que me da un aspecto más serio. Hoy lo necesito, como todos los 9 de septiembre desde hace cuatro años. Giro la esquina hacia la calle principal. Es viernes noche y la gente ha salido a celebrarlo. Pero a 1,5 metros, claro. Los abrazos, los besos, las euforias se acabaron... ¿hemos retrocedido o avanzado? Da igual, cuando pienso demasiado ralentizo mi paso y no me lo puedo permitir. Creía que había aprendido algo de *slow down* durante la cuarentena, pero aquí seguimos mis prisas y yo.

Me meto en la boca del metro, respiro el aire estancado, paso el ticket. Normalidad. Entro en el metro y una sensación me invade. Sensación de control. Me controlan, les controlo, nos controlamos, nos miramos pensando, mi enemigo puedes ser tú. No te juntes mucho, no vaya a ser. Cuánto menos contacto, mejor, cuánto más lejos, mejor.

Salgo del metro ya exhausta, me dirijo a la plaza Mayor y ahí está, de espaldas a mí, hablando por teléfono. Claro que lo reconozco, ¿cómo no iba a hacerlo? Disfruto el momento y me acerco lentamente, escondiendo mis nervios. Juntos, juntos, por fin. Me acerco cada vez más, tanto que hasta puedo oír las últimas palabras de su conversación: *Bueno, te dejo que estará al caer mi padre.*

Siento que me punzan el corazón.

Cierro la puerta del portal, paro, respiro y siento que el mundo se abre ante a mí, el juego vuelve a empezar. ¿Qué me deparará esta vez?

«El reencuentro»

Giorgio

Después de todo este tiempo, aquí estamos, nuevamente.

Es como un pozo seco lleno de luna. Lo que siento. Estás aquí, frente a mí, aguardando el conjuro. Una palabra, o dos. Las de antes. La traducción de mi arroyo estival. Miro hacia adentro. Recorro la ramificación de mis emociones para dar con una magia justa. Busco el viejo atajo al conjuro. A las palabras. Las de antes. Ya no existen. Tras esa puerta, la de antes: un barranco profundo. Vuelvo al pozo en busca de nuestras promesas de agua cristalina. Seco. Solo luz de luna. Y aquí afuera, sigues frente a mí, expectante. Me abarcas con los ojos como si supieras que te sigo buscando aquí adentro. Descorro cerrojos, abro puertas, enciendo lámparas. No hay nada. Me desespero. Te acercas y me desespero. Todo este tiempo de ausencia, en guardia contra el reloj. Fuimos un invierno. Fuimos un lago de hielo. Fuimos los otros. Ahora, juntos. Aquí. Exploro mis cuarteles interiores para dar con un espejo vivo. Una escena en la que estemos juntos. Danzantes. Flameantes. Revueltos. No hay nadie, aquí adentro. Afuera, tu rostro ya está junto al mío. Adentro, en el escritorio junto al que te ceñiste la ropa la primera noche mutua, ahora flota el humo danzante del sahumero de lavanda que me dejaste antes de irte. Afuera, tus ojos se posan en un recuerdo lejano mientras tu boca declina hacia mis labios, inmóvil. Aquí adentro, en la ventana que recortaba tu figura cuando mirabas hacia el anonimato, ahora flamea la cortina en la que te envolviste cuando tu boca dijo que sentías un arroyo estival por mí. Aquí afuera, veo que tus ojos buscan la misma escena primeriza y encuentran, aquí adentro, la misma conclusión sobre la cama: dos rostros de contornos marcados. Juntos, pero no revueltos.

«El buen soldado Ryszard»

Julio Destázar

– *Kapral*, ¿qué coño venimos a hacer aquí?

– Silencio, Jerzy.

Sería exagerado el describir al cabo Ryszard I. como el mejor elemento del Muy Glorioso Ejército polaco, pero en justicia hay que admitir que no era nada tonto. Su historial era regular: educación regular, entrenamiento básico regular, un desempeño regular; todo regular, vamos. Un observador compasivo diría que lo único que le faltaba era algo de imaginación: incluso sus pocas faltas al reglamento no iban más allá de ebriedad y las riñas que se esperan de cualquier polaco aburrido y con acceso ocasional a una botella de Absolut Kurwa. Pero la inercia en tiempos de paz puede llevar a la promoción del soldado más a mano; quizá por ello lo ascendieron a *starszy kapral* al mando de un escuadrón de diez fulanos en el tranquilo pueblecito fronterizo de Pielgrzymow: si se coloca a soldados sin distinción en donde probablemente no se les necesite, se tienen soldados más capaces disponibles para otros menesteres. Pero esto no significa que el cabo Ryszard I. fuese un inútil o un tonto. De limitados alcances, sí, pero un soldado decente para marchas, contramarchas y mantener el orden en su escuadrón de soldados regulares como él mismo. Aunque por supuesto algunos de ellos tenían algo más de imaginación que él.

– Tío, ¿para qué cruzamos ese arroyo?

– No me jodas, Wojciech.

Lo que ninguno de ellos podía imaginarse era la verdadera razón por la que se encontraban allí, a punto de provocar un incidente internacional: como dijo no sé quién, *cherchez la femme*. Con todo, desde su llegada al pueblo el cabo Ryszard I. se las había ingeniado para mojar muy contento en dos salsas: una llamada Weronika en su Chelmno natal y otra llamada Patrycja, maestra rural en Pielgrzymow; la una cuando el *kapral* regresaba de permiso a su hogar y la otra mientras él y sus comilitones patrullaban el sector asignado frente a las ruinas de la capilla de Santa Ana. Pero como todo pecado se paga en esta vida, al cabo

Ryszard se le acabó repentinamente el chollo: quizá por un desliz en la almohada equivocada o por simple intuición femenina, la rubia Weronika se apersonó un buen día en Pielgrzymow sin avisar, y no tardó mucho en averiguar que su aguerrido maromo le ponía sin empacho los cuernos con la morena Patrycja. Cuando Ryszard las vio venir dispuestas a arrancarle el hígado por traidor, el miedo lo hizo emprender la fuga a donde pensó que estaría a salvo de la ira de sus despechadas novias: en otro país. El problema fue que escurrió el bulto mientras estaba de patrulla, llevando consigo a sus diez coleguis, quienes tras la sorpresa del inusitado cambio de rumbo comenzaron a sospechar que estaban donde seguramente no debían estar:

– Oiga, cabo, me parece que ya no estamos en Polska...

– Mi *kapral*, creo que esos checos están preguntando para qué diantres les estamos bloqueando la capilla...

– ¡Que sus calléis todos de una cochina vez, *kurwa*...!

«¿Pensarán así los huevos?»

Patrick

Hoy desperté con el gran deseo de comer huevos revueltos.

Es uno de mis desayunos favoritos, acompañados con queso, y un té. Pará mí es un deleite, despertar y ver el amanecer comiendo este desayuno, acompañado de las hermosas melodías de la música barroca y renacentista.

Pero mientras preparaba mi desayuno, pensé en qué podría pensar un huevo.

Juntos, pero no revueltos, es la respuesta que vino de inmediato a mi mente. Porque juntos se pueden acompañar, cada proyecto les podría funcionar, pero revueltos el resultado para ellos, es fatal.

No me gustaría ser un huevo y terminar mis días rostizado, frito o quemado, pero es el destino de ellos, que me pregunto si pueden así pensar.

Luego de tomar mi delicioso desayuno, subí a tocar piano, y me di cuenta que un acorde armoniza perfectamente, tocando teclas juntas, pero si revuelvo el movimiento de mis manos, producirá sonidos poco deseados.

De todas formas, continué tocando y cree una melodía que bauticé: “el pensamiento de los huevos es mejor juntos que revueltos”.

Lo escribí con tanta seguridad, porque tuve la confirmación de que es verdad. Por la ventana pude ver dos escenarios distintos, por un lado dos pequeñas embarcaciones que salían juntas del mar, y por otro lado 5 embarcaciones separadas y desordenadas, que el mar parecía no querer devolver.

De todo esto he podido aprender, que si nos juntamos, nos unimos, también nos organizamos. Pero si nos revolvemos, nos freiremos en el desorden y no podremos llegar a buen puerto.

Creo que hoy me ha dado una gran reflexión, una simple bandeja de huevos, que parecen mirar con desprecio al cruel revolvedor, que hará terminar su existencia, sin que sea esa su propia decisión.

¿Pensarán así los huevos?, es la pregunta que vuelvo a repetir, y sin esperar respuestas, solo me atrevo a decir, que todo quien pueda pensar, elija entonces estar juntos, pero revueltos jamás.

«Whiskey con Coca-Cola»

M.D. Cure

Alejandra escondía bien lo incrédula que estaba. Había probablemente 156 personas en esa fiesta, pero, entre todas ellas, era precisamente ese chico de cabello castaño y ondulado quien le había hablado. Venía de Eslovenia y estaba en Argentina de intercambio. Con cada palabra, se volvía más interesante. A Luka le gustaba el cine, la música y todas esas cosas que le gustan a la gente interesante. Dijo esta y más cosas mientras Alejandra se tomaba su trago de Jameson 'on the rocks'. Luka no tomaba nada. En realidad no tenía muchos amigos y estaba pensando en irse antes de hablarle a Alejandra, o por lo menos eso fue lo que le aseguró. Alejandra estaba encantada. Pobre, hace rato no conocía a nadie que la hiciera reír de verdad. Todo lo anterior había sido parcialmente o totalmente fingido. ¡Por fin! Tenía que venir este joven desde la lejana Eslovenia para que Alejandra pudiese tener una conversación decente con alguien. Luka estaba en el quinto semestre de filosofía y amaba a Hegel. Todo iba perfecto, pero...Luka no estaba tomando nada y Alejandra ya iba por el tercer whiskey. Se estaba poniendo nerviosa, pero los nervios la hacían tomar más. Por unos treinta minutos, siguió escuchando a Luka responder sus preguntas, perdiendo el hilo solo por la preocupación de que sus estados de conciencia eran cada vez más dispares. Finalmente, el chico le preguntó -¿qué tomas?-, indicándole que iba a la barra, y que le traería lo que pidiese. - Whiskey- respondió Alejandra, incapaz de esconder su sonrisa. Luka se levantó y volvió en menos de un minuto con dos vasos. A través del cristal de su vaso, Alejandra vio el color de la Coca-Cola y, después de tal descubrimiento, su fascinación por Luka se deshizo tan rápido como los cubos de hielo en su trago.

«Marilyn»

Rainer

Alberto Pedro rompe el mutismo que le caracteriza. Explica que por esta ocasión no participaremos en una ceremonia espiritual más, como las visitadas en otros lugares del país, sino en evento similar a cónclave de la región occidental, por lo que los extranjeros que nos acompañan deben pensar antes de hablar, no transmitir idea de escrutinio. Sorprende la sonrisa de Alexandrenkov y regresa a la necesidad de brindar un tratamiento diferente: solo contestar lo que se pregunte, observar, no indagar bajo ningún concepto, utilizar los equipos de grabación con discreción. Insiste: estaremos con individuos muy perceptivos, sensibles y orgullosos, psicológicamente vulnerables, propensos a confundir investigación académica con injerencia estatal en sus asuntos y asumir aptitudes contestatarias. Sesión espiritual ecuménica, portales abiertos al otro lado de la muerte. ¿Cómo traducirlo a miembros de la Academia de Ciencias de la URSS? Para ellos –con permiso del príncipe dinamarqués, solo se trata de creer o no creer. ¿Podrías hablar con la Monroe? –pregunta Lina, entre la duda y la esperanza. No pienso que Marilyn se presente a este auditorio en Pinar del Río, pero si ocurre descubriremos más de un secreto -respondo para no absolutizar.

Kóbichev demora entre sus dedos la jícara¹ llena de chamba². Espera el momento justo en que le observan y entonces bebe largo. Lina hace una mueca y descubre la prueba tímida de sus labios húmedos, Irina sonríe con su expresión número tres, la de: “a que me atrevo”; Alexandrenkov resulta el más consecuente: pasa el recipiente sin probar el contenido.

El primer caballo³ inicia rezos unidos a una –para nosotros- extensa relación de nombres. El segundo caballo le acompaña con cánticos, mitad español, mitad jerga. Alexandrenkov

¹ Cuenco, vasija, recipiente hecho del fruto ahuecado de la güira.

² Chamba: bebida ritual compuesta, en esencia, por aguardiente, picante, pólvora...

³ Dícese del individuo que utiliza el espíritu, para comunicarse a través de su envoltura material.

empuña la cámara. El flash mueve el foco de atención del primer caballo: *El mundo está al revés, el mundo está coloráo.*

Alberto Pedro traga en seco. Me pasa la vasija y murmura: llegó la hora de marchar; traduzco a mis acompañantes lo que agrega: la ciencia no requiere sacrificios propiciatorios.

Y me quedo sin conversar con Marilyn.

«Dos son multitud»

Marypoza

Lo hicimos con la mejor intención. Se encontraba sola, pensábamos que se aburría, ya que nosotros no parábamos mucho en casa y no siempre teníamos ánimo para jugar. Sin embargo, ya estaba mayor y se había acostumbrado a su rutina, a la atención y los mimos que le dábamos sólo a ella, a su rincón del sofá.

Nos equivocamos.

Nos equivocamos, pero ya era tarde.

Cuando llegó la negra a casa, a la que llamamos Noite, la gris, que se llamaba Nube, no la aceptó. Fue peor que traer a un perro, hubo gruñidos, zarpazos, persecuciones desde el minuto uno.

Es normal al principio, nos dijimos. ¿Será que es demasiado traviesa? nos preguntamos pasados unos meses. Es que Nube es muy arisca, determinamos después.

Eran muy distintas. Nube era serena, elegante, caprichosa y más a su aire, mientras que Noite era un torbellino, comía de todo y era sumamente afectuosa.

En realidad, Noite sólo cumplía con su cometido, quería jugar y dormir con ella, pero Nube sólo la veía como una intrusa cargante. Y lo era. Sin encontrar el calor de su congénere, se pasaba el día encima de nosotros; al ver la tele sobre las piernas de papi, mientras mami traduce en su regazo, por la noche, entre los dos en la cama. Y, aunque más pequeña, no se dejaba amedrentar por Nube que por más que intentaba defender sus dominios, bufándole y arañándola, acababa retirándose cabreada, mientras la pequeña se acomodaba ya fuese en el sofá, en el cajón del rascador, en una caja de zapatos o en el armario. Nube, por su parte, empezó a buscar sitios cada vez más altos y recónditos para estar tranquila y apenas si se acercaba ya a nosotros para recibir unas caricias, porque enseguida venía “la otra” a estropearle el momento.

Finalmente, optamos por tratarlas por separado para que Nube no sintiera que ya no la queríamos. Naturalmente, no era así. De modo que, si veíamos que Nube quería estar con

nosotros, encerrábamos a la pequeña en el dormitorio o, al revés, si lo que quería era dormir con nosotros, Noite se quedaba fuera.

Milagrosamente, no se pelearon mucho por la comida. Cada una tenía su cuenco y, aunque Noite al principio comía de cualquiera de los dos, finalmente se acostumbró a ir sólo al suyo. Para repartir las chuches, más de lo mismo; “No, Noite. Estos son de Nube”, intentamos enseñarle. Nada. Hubo que encerrar a cada una en un cuarto para que disfrutaran tranquilas del manjar.

Pasaron los años y siguieron peleándose por todo. Nunca durmieron juntas, como nosotros imaginamos que harían, pero al menos se definieron fronteras y horarios, y

Nube consiguió cierta paz. No así nosotros que seguimos lidiando con la pequeña Noite, felizmente, muchos años más.

«Moscas panteoneras» *Lágrima González*

Veía las moscas asina de grandes que me rondaban la cabeza, y todo el cuerpo. De esas moscas panteoneras que hasta brillan de los ojos tan grandotes que tienen y ven cómo te vas muriendo, para luego irles a avisar a los gusanos que te coman. Y yo nada más esperaba no sentirlos a ellos también, como a las moscas. Esperaba estar ya bien muerto para cuando llegaran.

Así fue que supe cómo se sentía morir, porque entonces sí me andaba yendo; ahorita todavía no. Todavía no hay ni una mosquita de éstas que le salen a los duraznos cuando ya tienen lunares negros y que los tienes que hacer dulce luego luego, antes que se pudran. Porque yo me estaba pudriendo igualito que los duraznos, pero olía peor; y las moscas de uno son más grandotas, con sus ojotes.

Y no sentía nada de hambre. En cambio ahorita todavía me sabe bueno el atole. Entonces lo que tenía era hartísima sed, pero ni estirar el brazo podía para servirme agua. Por eso sentía la boca resequísima y blanca, como de muerto. Lo que se me hacía raro era que no llegara por mí el cortejo para llevarme al panteón de San Luis, porque bien tenían que darse cuenta que yo estaba ya muerto, con tantísima mosca sobre mí, vigilándome. Pero nada que venían a enterrarme y nada que se me quitaba la sed. Hasta que vino una mosquita, una de esas medianitas, y también me estuvo ronde y ronde hasta que se descuidaron las demás, hasta que pudo venir a pararse aquí junto a mi oreja y decirme que yo no estaba muerto, que nada más andaba así de la pura tristeza por lo de la Maricruz, pero que con tantito esfuerzo que hiciera para enderezarme y comerme algo me iba a poner bien. Y entonces de a poquito se fueron yendo las moscotas hasta que me levanté, y de ahí no me había vuelto a poner malo en tantos años. Porque esa mosca vino nomás a prevenirme; a decirme que de tristeza no me iba a morir.

Ahora me dijeron que me quedara en cama que porque esta tos que traigo no es de esas que llegan con las heladas y luego se van, pero yo no me preocupo porque a la muerte ya la conozco. La conocí de joven y me le escapé. Uno puede seguir viviendo tranquilo mientras no lleguen las moscas panteoneras a rondarlo y vigilarlo, con esos ojotes que le huelen a uno la muerte que trae dentro.

«Los Ruiseñores de la Risa»

Nalaï

“Del lugar donde fuiste feliz nunca debieras volver”.

Agradezco al destino no haber tomado el colectivo esa tarde porque mis pasos me llevaron a ser parte de esta historia. El atardecer caía en las miradas de todos los que esperaban ansiosamente el espectáculo de ese domingo. Las funciones, casi siempre, comenzaban a la tardecita. Actos sencillos que regalaban miles de sonrisas a quienes transitaban por la plaza y decidían frenar su marcha en cuanto veían a los “Ruiseñores de la Risa” desplegar rutinas de baile, malabares y chistes contados en una graciosa mezcla entre castellano, italiano y ucraniano.

Sin importar el idioma, Roberto, Carmelo, Gustavo, Piero y Yure habían encontrado en el humor no solamente una manera de sobrevivir al exilio, sino también de perpetuarse en el tiempo a través del arte. El Gran Yure anunciaba a viva voz el comienzo del espectáculo. Vestía un traje de lentejuelas azules y doradas que reflejaban el amor todavía encendido por su Ucrania natal. Al sonar de un redoblante que colgaba de su cuello, con dos ramitas secas levantadas del piso de la plaza 25 de Mayo, se anunciaba Roberto, “Ni fu-Ni fa”, quien ganó su apodo por un lapidario veredicto que lanzó sobre el tiramisú de Doña Juana, hasta ese día, excelsa cocinera del pueblo. Cuando decía “con ustedes, el más grande...”, Piero, subido a un triciclo, atravesaba a toda máquina la sábana desgastada que tendía de un extremo a otro de dos lapachos gigantes destinados a sostener la humilde escenografía de los Ruiseñores. La función de la tarde comenzaba con las piruetas de Piero en zapatillas gigantes, con su saco cuadrillé que le llegaba hasta los talones y su sombrero bordó que le regalaba cinco centímetros más de estatura. Al ritmo de los aplausos encendidos del público, aparecía Gustavo con su bombín negro en fieltro de lana y su nariz de goma colorada. Le divertía ver a la gente haciendo palmas mientras entonaba una tarantela y se enredaba en una coreografía desprolija que desternillaba de la risa a cualquiera. Carmelo, su compañero de número, tenía el don nato de la improvisación. Llevaba una flor de terciopelo con los colores de la bandera

italiana. Anunciatta, su madre, se la regaló antes de que abordara el “barco hacia el futuro”, y él juró lucirla siempre en el ojal izquierdo de su traje de fiesta negro. Lugar del corazón. Carmelo Caramelo, como los niños lo llamaban, creía fervientemente que la vida era digna de celebrarse aún en los exilios, aún en las tardes donde la vista se le nublabá un poco más al recordar su pequeño y colorido Nápoles.

Esa tarde de 1948 tomé la fotografía. Cuando camino por la plaza, todavía puedo oír sus voces. Creo divisarlos en el horizonte teñido de grana, abrazados a sus valijas cargadas de sueños. Los imagino volando alto, más allá de la nostalgia, como los ruiseñores que despliegan sus alas hacia un viaje eterno de quimeras sonrientes.

«Diario de una Migrante»

Olinabrag

Un día, deje mis raíces, sin dudas ni miedos... determinada a luchar por un devenir halagüeño.

Teniendo mi mente y equipaje llenos de innumerables quimeras.

No así... era yo ¡Alguien valiente o mi interior un peñasco!, no.

Sólo acaeció que en mi tierra, una legión despiadada de leviatanes yermaron todo cuanto podía soñar para mis días presentes y ulteriores, convirtiendo así las fronteras y un horizonte lejano y en una promesa emancipadora.

Espero algún día regresar y encontrar aún (sólo uno) de los que alguna vez conocí, que las calles y el que fue mi hogar dejen de ser una imagen borrosa o una historia pasada... ¿Cuánto de lo poco que quedo... aun prevalecerá...? ¿Cuándo tendré la oportunidad de volverlos a encontrar, mi origen y mi camino inicial?

Hoy... a miles de kilómetros de distancia... mis recuerdos acogen las risas, los abrazos, el calor de mi gente y el aroma de mi tierra. Impregnados a mi tuétano cual enjundia indisoluble. Tierra extranjera... ¿Quién soy, para ti?... que cobijada bajo tu cielo... aprendo a conocer y querer tu majestuosidad y belleza. Definiendo en el mover de tus aires y tu relieve geográfico, el que ahora es mi hogar... No me menosprecies o aniquiles. Mi fuerza vital te la presento y mis sueños también. Aún mi descendencia te conocerá y escribirá para ti nuevas páginas de tu historia... Permíteme ser parte de ti, una de tus hijas que por causas de la vida llegó a tu regazo, buscando refugio y una realidad distinta. Te amo por recibirme; con la misma fuerza con la que extraño con especial nostalgia mi génesis. Eres mí ahora y mi futuro... mi realidad circundante.

Donde duramente elevo mi pensamiento consciente, de una supervivencia cultural y social fusionada con la búsqueda incesante de oportunidades, siendo verdades palpables de una lejanía infinita y de sueños que aún aguardo conquistar.

«El día de la Rubia»

Eroa

Por fin había llegado el día que tanto ansiaba desde pequeña. Apenas había dormido aquella noche, y el amanecer había traído un cielo gris, lo que no hizo más que acrecentar su nerviosismo. No solo era una jornada especial para ella, sino que se cumplía un año desde que se firmó la paz y la comarca aún se estaba recuperando de la larga guerra.

Se vistió con calma, colocándose cada prenda de la forma en que le habían enseñado y fue a reunirse con su familia. Juntos iban dirigirse a la fortaleza, pero ella debía hacer su entrada en solitario.

Mientras esperaba al otro lado del imponente portón de la Sala de la Cebada, se preguntó qué le depararía el porvenir. La mayoría de edad le otorgaba derechos de los que no había gozado hasta la fecha, como el ritual en el que estaba a punto de participar; pero también obligaciones, y no sabía si estaría preparada.

Se fijó en los grabados de la madera, imágenes del pasado que sin duda habían conocido tiempos mejores, pero seguían distinguiéndose ciertos detalles. Pensó en la persona que los habría tallado, en el nivel de concentración y perfección necesario para tal empresa.

Ensimismada como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el portón había comenzado a abrirse hasta que las descomunales bisagras emitieron un chirrido acorde a su tamaño. Había llegado la hora, su momento. Irguió la cabeza y, con paso decidido, se adentró en la estancia.

Intentando no tropezar, se acercó al lugar dispuesto para ella. Se sentó frente a la multitud y observó lo que tenía delante: el líquido del color del sol, las burbujas en movimiento, la névea espuma. Levantó la vista y contempló la muchedumbre. El pueblo la observaba con una mezcla de emoción e inquietud. Sin esperar a la señal, agarró la jarra y la elevó hacia el cielo.

—¡Por el día de la Rubia! —gritó.

—¡Por el día de la Rubia! —bramó el gentío.

Sin más demora, se la acercó a los labios. Una nueva vida la estaba esperando.

«Juntos, pero no revueltos»

Ana Lea

Mateo tenía la intención de hablar con Laura acerca de sus planes cuando ella pudiera salir del hospital. Él sentía que estaba perdido en un mar de dudas y certezas y en ese momento recibió el mensaje de Luca: “mañana video llamada a las 9:00”; se esforzó por conocer el asunto, pero Luca le dijo que tenía prisa y no dio más detalles. Mateo no pudo estar tranquilo, tampoco logró conciliar el sueño, los pensamientos rebotaban en su cabeza hasta provocarle un dolor punzante. Al amanecer, tomó un café y contestó puntual la llamada, por la cara de Luca adivinó que no eran buenas noticias y no se equivocó, su jefe le hizo saber que la empresa para la que trabajaba cerraría sus oficinas en el país y a partir del mes siguiente se quedaría sin empleo, la llamada fue breve, Mateo quedó aturdido, deseaba la tranquilidad de lo predecible en un mundo donde la incertidumbre era protagonista del momento, expulsó todo el aire que llevaba dentro, se tumbó en el sillón y prendió la televisión en el canal de noticias, el tema de recurrente era la gran pandemia, pensó en Laura y en su estancia en el hospital, tuvo miedo de perderla; todos los médicos que atendían a enfermos por COVID-19 quedaron internados dos meses, pero cuando Laura mostró el resultado de los análisis al director pudo salir y lo primero que pretendía hacer era hablar con su novio.

Cuando sonó el timbre en el departamento, Mateo se puso la mascarilla sin prisa y al abrir la puerta y ver a Laura, por un instante no sabía si abrazarla o mantener distancia; la abrazó con fuerza y cuando después del largo abrazo se apartaron Laura le dijo: “tenemos que hablar”, enseguida sacó de su bolso el resultado de los análisis y los entregó a Mateo, con el estomago contraído abrió el sobre y al leer los resultados la apretó contra él nuevamente, Laura le confesó que tenía miedo, no quería traer a su hijo a un mundo donde el caos imperaba. Con los ojos húmedos Mateo le contestó: “este duelo mundial, ha hecho que nos demos cuenta de lo que hemos provocado en la tierra, de lo que hemos hecho con el cuidado de nuestro cuerpo. Son malos tiempos, pero hemos aprendido a agradecer y a valorar lo que tenemos, día a día la compasión y la solidaridad se han abierto paso; nuestro hijo sabrá que

la gran pandemia fue un detonante para la racionalidad, la consciencia y la evolución de la humanidad”.

Laura y Mateo permanecieron juntos, pero no revueltos 15 días, después de ese tiempo unieron sus fuerzas para salir adelante en un mundo desafiante.

«Kizomba»

Bailarina amateur

Sentada en la terraza, observo la puesta de sol sobre el mar. Mientras tanto, el profesor de kizomba habla con mis compañeros. Hemos quedado para tomarnos unas cañas de despedida. No nos vemos desde que se cancelaron las clases, primero durante quince días, y luego quince más. Y, ahora, definitivamente. Y aquí estamos, con la mascarilla puesta y la máxima distancia entre nosotros.

Nos podemos juntar, pero no lo suficiente como para bailar pegados; y bailar de lejos no es bailar. Ya no puedo dejar caer la mano izquierda suavemente sobre el cuello del profe mientras nos enseña los pasos. Ni sujetar la suya con mi otra mano. Ni sentir su brazo rodeando mi espalda para guiarme. Hace tanto tiempo que nadie me toca así que me estremezco.

Me retiro la mascarilla, le doy un sorbo a la cerveza y me la vuelvo a poner. ¿Quién me iba a decir que echaría tanto de menos el baile?

Entretanto, mis compañeros hacen planes. Planes de cuándo retomar las clases y cuándo salir a bailar por las noches como hacíamos antes. Planes que, por ahora, no tienen mucho sentido. Somos como el agua y el aceite; podemos compartir el espacio, pero no entremezclarnos.

Se hace tarde y mañana madrugo, así que me levanto y empiezo a despedirme de todos. Hasta que nos volvamos a ver.

—Si retomas las clases, avísame, ¿vale, Enrique?

—Por supuesto, pero por ahora habrá que ver qué pasa.

Vaguedades. Es normal. Si la vida antes era incierta, ahora... Ahora es igual de imprevisible que antes, pero nos damos más cuenta.

—Sí, claro, pero no te olvides de que me debes un baile.

Le dedico una sonrisa que pretende ser seductora, pero no se ve detrás de la mascarilla. Y no me atrevo a guiñarle un ojo; demasiado descarado. Así que, sin más, me voy.

No nos damos ni dos besos. Y me alejo, imaginando un baile privado con él; una deuda que probablemente se quede sin pagar.

«Como el agua y el aceite»

Amauta

En un pueblo muy lejano de los Andes —llamado Intipacha— había una comunidad muy unida donde vivían muchas familias y estas se reunían frecuentemente, realizaban festividades y bailes. Los fines de semana preparaban pachamanca y bailaban hasta el anochecer. También realizaban yunzas y se divertían mucho.

Un día, un virus invadió la comunidad. Las familias temían contagiarse y que ese virus se expandiera más. Por eso, tenían que protegerse y cuidarse permaneciendo en casa. Dejaron de reunirse todos los fines de semana, de organizar fiestas y bailes. Las pachamancas y las yunzas solo eran parte del recuerdo de la comunidad. A pesar de la distancia física que existía en las familias, la comunidad seguía unida a la distancia. La comunicación por cartas se convirtió en una tradición en el pueblo.

Una de las familias estaba compuesta por un niño llamado Amaro y su abuelo, Tomás quien era una persona muy sabia. El abuelo y el niño también recibían cartas frecuentemente, y ellos enviaban cartas a sus familias. Para ellos, escribir cartas se convirtió en una actividad placentera. Amaro —al no comprender bien la situación— le preguntó a su abuelo Tomás: «Abuelo, ¿por qué ya no podemos ver a la familia?, ¿por qué no hay fiestas?, ¿por qué ya no puedo ir a jugar con mis amigos?». El abuelo responde: «Porque tenemos que estar protegidos de ese terrible virus. No podemos salir de casa».

Amaro responde: «Abuelo, ya extraño a mis amigos, ya quiero bailar, jugar a los carnavales, ganarme premios de las yunzas, comer pachamancas...». El abuelo Tomás responde con nostalgia: «Yo también extraño las reuniones, las conversaciones con mis compadres, las fiestas, pero ahora todo es diferente: las conversaciones con el chocolate caliente, las fiestas y las pachamancas se convirtieron en cartas de papel. A pesar de la distancia aún seguimos unidos».

Para que Amaro comprendiera la situación, Tomás le quiso explicar de una manera más sencilla: cogió un recipiente, salió de la casa y se dirigió al manantial. Echó un poco de agua

cristalina al recipiente y pidió a Amaro que trajera un poco de aceite. Salió de la casa y se fue a buscar al abuelo. Amaro echó el aceite en el recipiente y Tomás trató de mezclar ambos elementos, pero estos no se podían mezclar.

Amaro —al ver a lo que hacía su abuelo— le preguntó: «¿Por qué mezclas el agua con el aceite?». Tomás le responde: «El agua y el aceite son dos elementos que están juntos, pero no se pueden mezclar. El virus ha puesto a la comunidad como el agua y el aceite. Ahora no podemos estar juntos físicamente, pero estamos unidos a la distancia a través de la comunicación por cartas».

Amaro pregunta: «¿Algún día dejaremos de estar como el agua y el aceite?». Tomás responde: «Si nos cuidamos, pronto el agua y el aceite se podrán mezclar y estaremos juntos otra vez».

«El baño»

María Rosa Rubiales

Lo despertó el vaho de su aliento. Ese día debía bañarse. Ella sabía, así que se levantó sin temor a despertarla. Agarró el bastón y caminó derecho al baño. Se paró a orinar y la taza se le presentó como un abismo que lo seducía. Meter la cabeza entre el agua sucia no se le presentaba como obstáculo si sabía que luego los oídos iban a estar constreñidos. Ese abismo era la salida del infierno. La escuchó moverse.

María Teresa se dio la vuelta al ver que estaba sola en la cama. No podía encogerse al dormir por el bulto que diez hijos le habían dejado en el estómago. Tampoco podía estirarse a mirar el techo por el morro que los mismos hijos le habían dejado en la espalda. Cada que bregaba para acomodarse en la cama los recordaba. Se acomodó como pudo y cerró los ojos mientras escuchaba el agua de la cisterna bajar.

Descargó el agua. Debía meterse en la ducha pero ésta no se le antojaba. Hacerlo implicaba quitarse el esqueleto y los calzones y esta vez no quería verse allí, desnudo, en medio de ese mar de hongos y suciedad amontonados durante años. La litera ofrecía el taparle los oídos y silenciarle la cabeza pero la ducha sólo iba a acentuar, con su goteo, el ruido pasmado de las once larvas que le enjabonaban la piel. Salió del baño en total negativa a enfrentarse a él esa mañana y viró hacia el solar.

María Teresa entreabrió los ojos esperando escuchar el ruido de la ducha. No lo sintió y empezó a preocuparse. Se enderezó, atenta a cualquier ruido. Nada, no sonaba nada. Empezó a quitarse las cobijas de encima cuando sonó el pasador de la puerta del solar. Vicente estaba, de seguro, buscando la toalla para secarse.

Corrió el pasador y salió. Iba a ser uno de esos días embotados en una atmósfera tenue, azulosa y nublada. Despacio llegó al lavadero y se plantó en frente de la boca gris. El estancamiento del agua también prometía silenciarle la cabeza y no iba a tener que sufrir la visión de los hongos acumulados por su grasa en los intersticios del adoquín del baño. La

alberca fue la elegida para sumergirse ese día y dejar que le diera un baño sin él siquiera mover un dedo. El cuerpo, ya sumergido, permaneció inmóvil, los oídos constreñidos y los pulmones fatigados.

Nada, la ducha no suena. María Teresa se alertó y se paró tan rápido como sus piernas ulceradas se lo permitieron. Caminó hacia el solar y vio de lejos el bastón y las chanclas de Vicente recostados en la pared de la alberca. Sus gritos y lloriqueos eran ahora inaudibles para los oídos constreñidos de Vicente que, en posición fetal, descendía hacia el fondo de un abismo claro y frío, mientras recibía un baño.

«El secreto de la vida es el amor»

Mercedita

De haber tenido el más mínimo presagio de que al subir a ese tren su vida cambiaría así, se habría bajado y corrido tras el par de frutos de su vientre que se alejaban a pasos firmes como les indicó: “Una vez suba, no volteen a mirarme, salgan de la terminal”. Volvería en 4 semanas...

Su cuerpo llegó, mas no su alma ni su corazón ni su mente. Inquietud, incertidumbre, angustia, desasosiego, desesperanza, esperanza, ímpetu, voluntad, certeza, fe.

Atendió a Emma y su hermano sin cuartel, los obligaba a hacer gárgaras de agua tibia con sal, a tomar té de orégano, agua de panela, limonadas y a comer mandarinas y caldos de patas de gallina. Toda la casa brillaba de lo mucho que limpiaba con alcohol etílico, cloro y vinagre. Olía a primavera etílica.

Se estremecía al ver cuánto adelgazó el hermano de Emma, sus costillas se mostraban a través de la vieja sábana roja, raída y sucia que llevaba como túnica para cubrirse del frío provocado por fiebres altas que lo hacían tiritar hasta tener delirios de grandeza; ese lunes deambuló aún en penumbras mostrando la escualidez de sus hombros en el zaguán donde ya no percibía el aroma a flores y petricor. Emma tocía mucho, dormía en un catre con olor a orina, pensaba que las medidas preventivas, los té y las medicinas carecían de fundamento; era tosca, obtusa, tenía rasgos indios. En una ocasión, fueron a buscarla y preguntaron por “el indiecito”. Ninguno de los dos usaba barbijo, nunca se lavaron las manos cuando llegaban, ni siguieron las medidas sanitarias recomendadas. No se cubrían la boca al toser para evitar el contagio, ni tomaban las medicinas recetadas en la botica, era un suplicio que tomaran los té y caldos.

Allí estuvo ella, con ellos... Juntos, pero no revueltos. Tuvo el augurio de la muerte, estaba atrapada, no había forma de escapar, no quería morir sola, estaba muy lejos de su hogar. Permanecía inerte en el silencio elocuente del ático donde dormía y trabajaba en su

laptop, allí podía quitarse el barbijo y desahogar su llanto reprimido que achicaba su timo, allí pasaba horas después de haberlos atendido y terminado los quehaceres; yacía de rodillas frente a un afiche roto del Salmo 91 colgado en la pared, pensando en el par de frutos de sus entrañas; ella sí tenía a quién amar y quien la amara, tenía que sobrevivir para regresar y verlos crecer. “Quiero mi vida de vuelta, siempre supe que era feliz, no cometí ningún delito para merecer esto”, susurraba. Oró con tanta intensidad y fe que cuando regresó sana y salva 11 meses y 27 días después y volvió a abrazar y besar a su par de frutos amados y ver sus ojitos iluminados de amor se sintió flotando en el paraíso, agradeció infinitamente a Dios por el milagro de la vida y pensó: “Sobreviví al Covid-19”. Emma se recuperó, su hermano sucumbió.

«La sombra del sur»

Filis

Miro a los vencejos. Es esa época del verano en la que se reúnen, posados sobre los cables de la luz. Me pregunto sobre la quietud de algunos de ellos, separados del resto, juntos pero no revueltos. Mientras, los otros se acicalan, gorjean, parecen impacientes, ajenos a los solitarios que permanecen quietos, con las alas pegadas, como si a pesar del destino compartido prefirieran mantener las distancias. No sabemos nada de los pájaros, de su lenguaje ¿Qué dirá la secreta voz que les dicta volver? Desde la ventana se ven como notas desperdigadas sobre una partitura.

La anciana entra en la cocina, dice que le apetece una taza de té. Tengo que dejarlo aquí.

Ella acaba de marcharse. Cuando se ha sentado en la mesa he sentido un violento rechazo. Es mi tarde libre, ¿no puedo estar una hora en soledad, escribiendo? Pero me he puesto en pie y he preparado el té. Ella ha tomado la taza con manos temblorosas y me ha mirado intrigada. Luego ha preguntado qué escribo, señalando mi cuaderno. «Nada, tonterías». Ella ha respondido algo inesperado «yo también escribía, hace años. Pero ahora es imposible». Las manos le temblaban tanto que tuvo que posar la taza sobre la mesa.

Tenía un brillo misterioso en sus ojos negros al decir: «escribía sobre el Sur» y ha salido para volver al rato, con un libro en la mano. Las dos lo hemos mirado en silencio: En la portada había un cielo nocturno y fuego, las chispas subían hasta el cielo, confundiéndose con las estrellas. *La Sombra del Sur*, se titulaba. Ella ha murmurado que el libro relata la historia de un hombre, quizá un gitano, que vino del Sur al Norte de Europa, atravesando bosques, durmiendo al raso, y mendigando. Conoció a una mujer rubia y se casaron y vivieron juntos porque ese era su destino. Pero el Sur siempre se interponía entre ellos, era una presencia más que danzaba por la casa y él acabó volviendo, abandonandola.

Después, la señora se ha reído un poco, parecía sorprendida de haber hablado tanto. «Desde que llegué a su casa me ha tratado como a una simple sirvienta» me hubiera gustado decirle. Me ha dejado el libro para que lo lea, pero no conozco tan bien el alemán como para hacerlo.

Levanto la mirada: Los vencejos ya no están. Vuelan desperdigados por el cielo gris oscuro. Las luces de las casas están ya encendidas. Es muy extraño contemplar el atardecer en una ciudad extranjera. Ha pasado un tren. Me he imaginado ir dentro de él, mirando por la ventanilla, intrigada por las vidas de los habitantes de las casas que aparecen en las ventanas fugaces.

Venir del Sur y añorar el Sur. Como los vencejos, conspirando para volver. Miro el libro sobre la mesa y pienso que ella dijo que ya no podía escribir, aunque por la expresión de sus ojos se diría que siempre está soñando. Como los pájaros solitarios, quizá.

«Lo que me queda de ti»

Azul W.

Me gustaría contar esto a cámara lenta. Como en las películas malas que siempre ponen en la tele los domingos por la tarde. Las que veo porque tú ya no miras. Me gustaría contar como se paró el tiempo cuando entraste en aquella terraza y poder describir con una pulcritud milimétrica como llevabas el pelo esa noche. Quisiera poder hablar al detalle de tus manos y de como todo en tiapestaba a insomnio.

Desde que apareciste no es que no duerma, eso vino más tarde, se trata más bien de un ruido de fondo. Un ruido tuyo que parece haberte olvidado como si de una bufanda se tratase. El ruido de todo aquello que pudo haber sido. El impacto de lo que era. El silencio de lo que será.

Antes de llegar tú, mi relación con el insomnio era la de conocidos cercanos, incluso se podría decir que allegados. Alguna visita puntual, un par de horas de conversación, nada extremadamente desagradable. Cuando te instalaste, sin embargo, el sueño se convirtió en una pila de horas malgastadas que me rascaban la espalda si no dormía contigo. Tener los ojos abiertos significaba poder verte.

Después llegaron las ciudades y los aeropuertos y las cabezaditas en los aviones porque eras tú el destino. Tus mensajes eran como el alba y la noche nada más que una excusa para oír tu voz. Dormía, sí. Pero París y la esperanza eran como una goteo continuo al otro lado de la almohada. Me alegra poder decirte que en esta ocasión París y tú no sois sinónimos. He explotado demasiado esa vía y, además de cursi, es injusta. París sigue teniendo el beneficio de la duda y, al menos, me deja dormir.

Luego la distancia que nos separaba pareció tomar vida propia y eran esas dudas las que golpeaban el suelo minuciosamente cada noche y llenaban cada nuevo centímetro entre tú y

yo. Sí, tú eras la gota que colmaba el vaso, la razón por la que encendía la luz; tú eras mis ojeras por la mañana y el motivo por el que empezaba el día con el pie contrario. Soñaba despierta porque dormida volvías. Veía doble pero tú nunca estabas. El sueño me pesaba y no dormir era lo único que quedaba de ti.

Hoy en día no puedo viajar sin pastillas para dormir y cualquier sonido por la noche me habla de ti. El insomnio y yo nos visitamos menos pero seguimos teniendo una copia de las llaves del otro. Supongo que son los restos de lo que fuimos.

Imagino que estarás en tu cama pero yo no puedo dormir. Te escribo por eso. Tal vez sean las pastillas o tu ruido que sigue de fondo pero aunque toda nuestra historia se traduzca en barbitúricos, sigo queriendo creer que valía la pena estar despierta por ti.

«Uni sñnus» Carmen Rosan

Abrió la puerta y sentí que algo iba mal.

—Hola —dije tímidamente.

Nos miramos, tras un mes de ausencia, casi como dos extraños.

—Pasa —dijo.

Las palabras se me atragantaron. *Te he echado de menos. Me alegro de volver a verte. Gracias por confinarte conmigo en plena pandemia.*

—Tengo que ducharme —farfullé— y lavar la ropa a 65 grados.

—Claro —balbuceó.

¿Querías confinarte conmigo?

Me duché. Mis pensamientos arreciaban a la misma velocidad que las gotas de agua. *Ya no me quiere.*

En mi mente resonaba el protocolo de una amiga bióloga:

Haced cuarentena los primeros días. No compartáis cama ni baño. Mantened una distancia de seguridad de metro y medio. No os toquéis ni os beséis.

Cuando salí él me miró, dubitativo. Entonces vio el reloj.

—Son casi las ocho. Es la hora del aplauso a los sanitarios. ¿Quieres venir a aplaudir?

Había oído hablar de aquel singular homenaje que, por obra de las redes sociales, se había convertido en costumbre vespertina de los españoles de la noche a la mañana.

Nos dirigimos a la ventana del salón guardando la consabida distancia de seguridad.

Me gustaría darte un beso.

Normalmente, aquella calle hubiera bullido de actividad: tiendas, cafeterías, peatones, coches... Hoy, en aquel silencio sepulcral, solo las luces de las ventanas recordaban que había vida más allá.

Poco a poco, percibí que unas siluetas titubeantes se aproximaban a los balcones. Hasta que alguien, más valiente o menos vergonzoso, osó dar el pistoletazo de salida.

El primer aplauso alzó el vuelo solo, creando un eco que rebotó por cada rincón de la calle. Pero inmediatamente, otros aplausos se unieron a la bandada, batiendo las alas en un vuelo cada vez más ensordecedor. Otros balcones se abrieron, otras ventanas se encendieron y otras siluetas salieron a aplaudir.

En el edificio de enfrente, una mujer se adelantó con su bebé en brazos mientras le señalaba los balcones. Su pareja emergió sujetando un destello de luz. Y entonces comenzaron a cantar.

Los vecinos de los balcones colindantes se giraron, sonriendo, y se unieron a su cántico:

Cumpleaños feliz...

La luz era una vela, un pequeño 1 resplandeciente.

Cumpleaños feliz...

Y entonces, él y yo, ellos y ellas, todos nos sumamos a su canto desde nuestros balcones para aquel niño desconocido pero con quien el destino nos hacía compartir aquel momento feliz.

Te deseamos todos...

Parpadeé y noté que estaba llorando. Me giré, avergonzada, esperando que él no me hubiera visto. No era el caso, pero se volvió para mirarme. Y me sonrió.

Y, súbitamente, entendí muchas cosas.

Que la situación también era rara para él.

Que no solo era rara para nosotros.

Que ante un virus potencialmente mortal, la mejor forma de amarnos era, paradójicamente, alejándonos.

Pero eso no significaba que no nos amáramos.

Sino que estábamos cuidando el uno del otro —los unos de los otros— más que nunca.

Cumpleaños...

Tanto nosotros como cada persona de aquella calle.

Feliz...

Pero que ante la adversidad, estábamos más juntos que nunca.

«Ahora somos familia» *Sero post meridiem*

Un cigarro Marlboro nunca faltaba entre sus dedos índice y medio, menos una cubalibre en frente de él; siempre tenía algo que decir: ya fuera que contara una historia con una sonrisa en la cara, diera su opinión con respecto a un tema o hiciera un chiste acerca de cualquier situación, como si su vida dependiera de ello; así es Jorge, la pareja de su madre, un individuo tan lleno de alegría y tan feliz como un niño pequeño jugando en un arenero. Melina jamás había conocido a un hombre como él y menos con tanto humor como el que él poseía.

Jorge y la madre de Melina, Lucía, llevaban saliendo casi seis primaveras, desde entonces Melina convivía con él algunas veces, ya que Jorge no vivía en la misma ciudad que ellas, sin embargo, hace dos años su madre y Jorge decidieron que ya era hora de mudarse a una sola morada; al principio Melina estaba de acuerdo con ello, pensó que sería divertido y hasta se dejaba ilusionar un poco con los planes de la mudanza. Pero, una vez que todos se encontraban bajo el mismo techo, Melina no podía evitar sentirse como una extraña en su propia casa. A pesar de sentir una incomodidad inexplicable, Melina nunca se negaba a pasar un buen rato con su madre y Jorge, a decir verdad, los tres congeniaban tan bien que cuando estaban juntos, una vibra llena de paz y armonía emanaba de ellos.

Conforme el tiempo pasaba era inevitable no convivir con Jorge, se veían todos los días, se sabían sus rutinas y con forme más hablaban, más se conocían el uno al otro, algo que a Melina no le desagradaba, pero le era un tanto extraño. De esta manera, Melina descubrió qué era aquello que la hacía sentir tan incomoda en su nuevo hogar; y es que Melina se decía a sí misma que Jorge no era su padre como para que se preocupara por ella de la forma en que lo hacía o como para que ella se acercara a él para hablarle de las cosas que a veces atormentaban su cabeza, menos para pedirle permisos de ningún tipo o para avisarle que ya había llegado a casa; no es como que un día te levantas en la mañana y le cuentas tu vida entera a un desconocido o por lo menos eso era lo que Melina pensaba desde que se dio cuenta de la situación.

Lucía nunca supo cómo se sentía su hija, pero siempre le pedía a esta que fuera más comprensible con Jorge, pues este solo actuaba de aquella manera porque una relación padre e hijos no existía con los primogénitos de él. Melina se dio cuenta que ella tampoco tenía ese tipo de vínculo con su propio padre. Ambos carecían de ese contacto que entre ellos fluía como las olas del mar. Entre Jorge y Melina no existía ningún tipo de parentesco, pero a veces les gustaba olvidarse de ello.

«Lejanías cercanas»

Saba

Estar juntos significaba entrar en un mini mundo paralelo que, sin importar que oliera asfixiantemente a cigarro y café, hacía que olvidara las cosas que pasaban afuera en español. A J, seguramente, lo hacía olvidar los momentos que su memoria se negaba a borrar. Las bombas y explosiones, los amigos abatidos, los campos de batalla, los sueños incumplidos. Algunas veces, por error o curiosidad, terminábamos hablando sobre la guerra. Al instante, sus ojos se agrandaban, su ceño se fruncía y la rabia se le empezaba a notar en las manos y en los labios, hasta que me pedía dejarlo. Nunca se atrevió a hacerme daño o siquiera a correr el riesgo de hacerlo. Tal vez solo un par de veces sentí miedo. Otras veces, antes de pedirme que me vaya, sus ojos se ponían rojos y húmedos, pero no de rabia. Y en ese momento era yo quien cambiaba de tema. J tenía el corazón crónicamente lastimado.

Recordó mi nombre y me recordó a mí, desde el primer instante; cuando no podía recordar, siquiera, si ya había tomado una pastilla o no, después de diez minutos de haberla tomado. Tenía libretas y plumones repartidos por toda la casa, diez celulares, dos en sus bolsillos, seis repartidos, uno conmigo y uno perdido. Su casa era la mezcla de una biblioteca, una farmacia y una licorería. Todas las paredes tenían estantes llenos de libros, de todos los idiomas y géneros, con historias infinitas, de esos que te provocan estornudos. Y debajo de esos estantes, cajas repletas de cantantes encerrados. Con el tiempo, los libros y los discos dejaban de moverse, cada vez parecía más difícil para él recordar la última página leída o la última canción escuchada.

A falta de música y lectura, de memoria y de vida, J pasaba sus días entre botellas de ron, cigarros, cafeína y una mixtura de pastillas, para poder vencer los demonios que llegaban a perseguirlo.

En mi alma, guardo con cariño los regalos que recibí de J, que casi siempre eran botellas de ron, junto a unas disculpas por el atrevimiento. Con el tiempo, y mientras más nos conocíamos, solo eran las botellas. J cuidaba de mí, recuerdo la primera vez que se me ocurrió

ir a su casa luego de pelear con mi novio de aquel entonces. Mientras yo lloraba, pensando que era el fin del mundo, J me recordaba que había estado en la guerra; sutilmente, me mencionaba que yo solo necesitaba darle el nombre y él podía solucionar mis problemas sin culpas ni remordimientos.

El último regalo de J fue una botella de ron, y lágrimas de gratitud y aprecio por nuestra amistad. Hay cosas que no llegué a conocer sobre J. A su manera, él me quiso, tanto como yo a él. Al conocernos, nuestros demonios también lo hicieron y se volvieron amigos. En nuestro mundo, éramos más felices, más aventureros y, sin importar los recuerdos o el idioma, más reales de lo que en nuestras realidades ajenas pretendíamos ser.

«Horas eternas»

Colágeno

Las palomas ya están haciendo su inconfundible ruido. Ni canto, ni grito. Solo ruido. Ha sido otra noche de desvelos, de elefantes sobre el pecho y sueños delirantes. Nada ha cambiado. Todo está igual, todo en su sitio. La luz violeta del alba es también la misma. Pero quiero volver a Víctor Morales. Esa era mi casa, aunque ahora estoy en ella. Al menos eso me han dicho. Yo igual quiero volver. Giro a medias la cabeza hacia la cama que tengo al lado. Hasta donde me lo permite el cuello, claro. Ella duerme todavía. Parece agotada. No le creo. Seguramente finge estar dormida para no tener que comenzar el día. Hoy debe llevarme a Víctor Morales. Estoy decidida a exigirselo. Pienso qué hacer. Ya probé con la tos, y también he intentado quejarme más fuerte. Si tengo algo de suerte, habrá un temblor de esos que anuncian el cambio de clima. Eso sí servirá, aunque me dé miedo. Miro alrededor. El reloj que tengo enfrente tiene los números enormes. Es especial para mí, para que sepa cuán rápido pasan los días, para que tenga idea de las horas de mis comidas, de las horas de la visita de alguno de ellos, de las horas en las que debo dormir. Yo solo pienso en las horas que ese reloj no me puede mostrar. Se quedaron en Víctor Morales.

Ayer ellos fueron al cajero. De ahí a pagar la cuota. Luego trajeron bizcochos, de los azucarados con pasas. También los oí hablando en el comedor. No pude escuchar lo que decían, pero debió ser algo importante, porque levantaban la voz y luego la bajaban al mínimo. Pienso que hablaban de mí. Tal vez, no estoy segura.

Afuera se escucha la voz del chatarrero. Compra fierro, botellas, colchones, maderas. Compra todo, pero quiere que se lo regalen. Parece que van a ser las 8, porque siempre pasa a esa hora. Y también a las 8 llega Ana. Gracias a Dios. Ya escucho la llave dando la vuelta a la cerradura de la puerta principal. Ahora falta nada más que suba, me salude, se cambie y me lleve a mi casa.

«Caracteres que pesan»

Lu Vozu

—¡Gente! ¡No puede ser que nos metan siempre en la misma bolsa!

Ante tan ferviente alocución, la concurrencia estalló en ovaciones y aplausos de aprobación.

—Merecemos que se nos visibilice explícitamente en cada discurso —prosiguió la Voz encendiendo otra vez a la multitud. Tras un gesto de la mano, el alboroto se fue aplacando y la Voz retomó: —Pondremos en marcha una campaña visibilizadora y nuestro lema será “Juntos, pero no revueltos”.

Silencio sepulcral. No volaba una mosca, pero se percibía la inquietud en el mutismo de la audiencia. Alguien alzó la mano para pedir la palabra y la Voz se la concedió:

—¿Y por qué no “Juntas, pero no revueltos”?

—Buena idea —respondió la Voz, y casi no había acabado de manifestar su acuerdo que varias manos ya se alzaban agitadas para solicitar que también se visibilizara a quienes no se sentían identificados ni con los unos ni con las otras. Y así sucesivamente se plantearon otros casos que reclamaban una visibilización explícita.

Ante tales reivindicaciones, los cerebros se activaron para dar con soluciones visibilizadoras. Surgieron propuestas de lo más creativas, pero muchas eran impronunciables. Una de ellas pareció gustar a la mayoría: “Junta/e/i/o/us, pero no revuelta/e/i/o/us”, una innovación lingüística que requeriría la introducción de géneros gramaticales nuevos y sus correspondientes desinencias.

—Se aplicará solo a las personas —aclararon quienes presentaron la propuesta.

El lema ahora parecía satisfacer todas las expectativas, pero cuál fue la sorpresa al escucharse las protestas antiespecistas ante la invisibilidad de las hembras, los organismos asexuados y los seres hermafroditas...

—Pues bien —dijo la Voz en tono conciliador—, animales y plantas también habrán de visibilizarse.

Tras varios intercambios de tira y afloja, se validó con bombo la propuesta de las cinco vocales, que habría de aplicarse nada más (y nada menos) que a los reinos *Animalia* y *Plantae*. Ya se vería a su debido momento cómo visibilizar a hongos, protistas y moneras. Bueno, y a los seres inanimados, si fuera necesario.

Así fue como el lenguaje inclusivo cedió lugar al lenguaje exclusivo. Todo un logro de la Voza (o mejor dicho “lu Vozu”, pues hoy se siente identificadu con el género u), que impulsó la iniciativa con gran brío.

Los beneficios de la campaña visibilizadora son indiscutibles en términos de expresión lingüística: hoy no se puede hablar ni escribir sin pensar cinco veces antes de escoger una desinencia. No faltan, por supuesto, la/e/i/o/us que manifiestan agobio ante tal ejercicio y, curiosamente, parecen añorar los tiempos en que estaban “juntos y revueltos”, de manera inclusiva y sin distinción de género.

En el plano económico, varios sectores se han visto favorecidos con esta transformación del lenguaje, por ejemplo, la/e/i/o/us traductora/e/i/o/us, cuya productividad ya no se mide por la cantidad de palabras del texto de partida, sino por la cantidad de caracteres del texto de llegada.

Queda por ver cuál será la contribución del lenguaje a la igualdad de género y de especie, aunque a veces me pregunto si no debería ser al revés.

«18.11»

Alo

«Un día voy a escribir sobre esta noche, sobre cómo estuvimos juntos y la música —y su silencio— nos unió a una sola voz...»

Y ese día llegó. Más pronto de lo imaginado y, ciertamente, de lo deseado. Cuando ya no pudimos estar juntos; cuando aquella escena de corazones unidos, al compás de un «moro judío», se volvió apenas un sueño, y la añoranza retratada en una foto de salvapantallas saltó de las letras de una canción para cobrar una significación mucho mayor, mucho más real.

Aquella noche de noviembre le quedaban unos meses al contacto piel con piel. Después, la sentencia. Sin contacto. Sin amigos. Sin reuniones. Sin espejos humanos en los cuales ver a diario quiénes somos y por qué vivimos. (Eso sí, con fricciones). Meses de sequía con chubascos digitales repentinos de interacción rebajada —como la leche descremada del café instantáneo que ahora, con todo cerrado, es el obligado sucedáneo—.

Y entonces llegó la literatura. Recordé el concierto y con ello la lectura que, revisitada, me devolvió una vez más a una noche especial; no a la de noviembre, sino a otra, años atrás, en compañía de otras personas y de otros sueños, aunque igual de mágica y también con un recital.

Así me di cuenta de que siempre hemos estado juntos —quizá hasta revueltos— aun cuando no lo estamos. Que la idea de separación cuando se esfuma el abrazo es apenas ilusión; avasalladora y dominante por veces, sí, pero ni cercanamente con la misma fuerza que la del recuerdo y la evocación auxiliada por los libros y sus historias, que nos reunifican y nos concentran en ese «ser(verbo) humanos», incluso cuando jamás nos hayamos conocido.

Ya no me desespero tanto. Tomo un libro, leo un párrafo. Cojo el teléfono y llamo a mi amiga. (Pfff... ¿a quién engaño? Le envió *un WhatsApp*). Hablamos un rato. Los libros lo han vuelto a hacer: tendernos el puente, sacarnos del mar.

Quisieron engañarnos, pero siempre hemos vivido entrelazadas. La distancia física, por un momento, no importa tanto. Ya volveremos a vernos pa' ir a un concierto brazo a brazo. Mientras tanto, armada de mis libros, reconstruyo los momentos de mi vida en que con otros he sido una; me consuelan voces en inglés, danés y sueco, recordándome que, todavía, aquí estamos.

«En el balcón» **Caballero García**

En los atardeceres de abril de este tan peculiar 2020, en una ciudad como Granada, esperábamos la hora clave de salir al balcón. Tan solos, tan aislados, en las cuatro, cinco o veinte paredes que constituían toda la casa veíamos pasar de sol a sol unos días que olvidaban cómo se llamaban o qué hacíamos hoy.

Cocinando o bailando con *pop sugar*, tratábamos de olvidar que todo estaba cambiando. Que por un tiempo se habían acabado los viajes, las reuniones, o las presentaciones y que ahora todo pasaba por nuestro cuarto, el salón o hasta el cuarto de baño. Desde las reuniones, conferencias, clases, talleres, hasta la misa ya era algo virtual que se desplazaba con nosotros por la casa a través de una pequeña pantalla y unos cascos. Daba igual si ibas con zapato de tacón o con zapatillas de estar por casa, en traje o en pijama, de cintura para abajo podías estar en bragas o en chándal. Todo cambiaba, ahorrábamos horas de tráfico, de preparación en modelos, de tiempos de espera y sin embargo parecía que por mucho que hiciéramos, la soledad nos acechaba a cada paso. Se echaba de menos el tacto, el bullicio tan ensordecedor de las calles de Granada, hasta los turistas tan típicos del Albaicín se echaban en falta.

No era sólo aquí, mis amigos de Bruselas, Ginebra o París también estaban así. El mundo cambiaba y solo nos quedaba la fe y la esperanza de que esto también iba a pasar y que la vida volvería a lo que ahora llaman “nueva normalidad”.

Se acercaba la hora, desde las 19:58 ya se podía escuchar el sonido de los más adelantados. Hasta que por fin a las 20:00 el sonido de las palmas inundaba las calles, cada uno en su ventana o balcón, recordando que había vida a pesar de la distancia, estábamos juntos y que cada palma unida hacía que se escuchara en cada rincón de la ciudad. Recordándonos que la unión hace la fuerza y que la luz viene después de las tinieblas. Nuestro minuto mágico donde recordábamos que no estábamos solos, y que nuestros ahora conocidos vecinos como María y sus dos hijos o la pareja de mayores, nuestros vecinos de enfrente, también estaban allí. Aplaudiendo sin parar, hasta que las manos se cansaban, era un acto de gratitud, pero también de resistencia.

«Manda narices»

Lola Barandiarán

Las palabras rebotan contra el frío monitor del portátil, perdiéndose su eco en las cuatro paredes de la habitación. El murmullo entrecortado al otro lado de la pantalla deja entrever una falsa calma que camufla inquietud mientras susurra arrullos y nanas a la pixelada criatura que sostiene en sus brazos.

—La nariz es tuya. No hay ninguna duda de que esta napa lleva el apellido Galán.

—Gracias—responde él, haciendo una mueca de resignación y fingiendo tomárselo con buen humor. — ¿A qué hora pasa el médico?

—Mañana a las 10. Tranquilo, que mi madre ha montado campamento base aquí y dice que no piensa separarse ni un segundo de su nietecito.

—Vale, cariño. ¿Tú estás bien?

— ¿Qué? ¿Juan? Perdona, se ha cortado. ¿Qué decías?

Clong. Se ha perdido la conexión.

— ¡Joder! —exclama Juan, perdiendo los estribos. Cierra el portátil con un golpe seco que frena con angustia en el último segundo. —Como me quede sin él, estoy perdido.

Ensimismado en sus divagaciones, comienza a repasar la lista de llamadas que le queda por hacer, con un nervioso y rítmico golpeteo de los dedos contra la mesa.

Invadido por un arrebató, comienza a apartar frenéticamente los post-it desperdigados por las superficies de la habitación: número del consulado español en Singapur, posibles opciones de vuelo y correspondientes escalas, 3kg y 50 cm, las medidas de Martín. Escondido bajo la pila de papeles, aparece el oxidado cenicero con una colilla a medio fumar. Con un torpe golpe de pulgar, enciende el cigarrillo con el mechero e inhala profundamente. ¡Qué caprichosa es la naturaleza de la gestación! ¿Quién dicta ese ritmo biológico, ese tic tac envuelto en líquido amniótico? Podía haberse retrasado, todos los médicos y hasta los ignorantes que fanfarronean con saber de todo aseguraban que se retrasaría. Pues no.

Parece que las horas no pasan en esa habitación. Qué subjetivo es el tiempo, que escapa a nuestro control. Vaciando sus pulmones de humo, recapacita. *Mens sana in corpore sano*. Arroja con repugnancia el cigarro por la ventana y se dirige con paso vacilante al armario caoba para rebuscar su ropa deportiva dentro del caos de prendas engurruñadas. Una tela amarillo fosforito destaca al fondo del cajón. Con un vago esfuerzo, introduce la mano por la manga cuando, repentinamente, se enciende una mortecina luz en su teléfono móvil. Como un resorte, da un brinco para consultar el email recibido: «Señor Galán: Nos complace comunicarle...blablablá...». Sus ojos se desplazan a una velocidad vertiginosa por las filas de letra «...asiento asignado...a las 9.35 horas del jueves...». Se le enciende un brillo en la mirada. «Martín, no crezcas demasiado, que allá voy».

«La batalla»

LOR97

La abuela y yo siempre tuvimos la nariz muy grande. De niña, juntábamos cara con cara y luchábamos. Cerrábamos los ojos, enfrentábamos nuestras narices por la derecha y por la izquierda y nos reíamos a carcajadas. Siempre recordaba eso cuando la echaba de menos. Yo la admiraba. Nunca nadie batalló tan fuerte y con tanto humor.

Pasamos mucho tiempo sin vernos. Yo me enredé con un alemán en un campamento de idiomas. Amor de verano, creía, pero ya había 17 años que vivía en su tierra. El trabajo y los niños nos habían mantenido a más distancia de lo nunca habíamos pensado.

El tío se había encargado de ella este tiempo. Siempre había sido un hombre un poco particular, pero estos últimos años la esquizofrenia que padecía desde niño le había jugado alguna mala pasada. Por ello, decidió ingresar a la abuela en el centro de ancianos que regentaba su amigo Carlos.

Carlos también era «especialito». De joven había estado metido «en cosas raras» y todos sospechábamos que el centro era una tapadera. Con todo, cuando llamaba para preguntar por la abuela, siempre me explicaba amablemente que estaba muy bien, que socializaba con los internos y el personal y me enviaba fotos suyas con ropa de calle, bien peinadita, con la piel lisa y una tez rosada. ¡Qué gusto verla tan fresca!

Herman y yo por fin habíamos podido cuadrar las vacaciones juntos y nos vinimos de sorpresa con los niños. Él se quedó con los peques en el hotel porque parecía ser que solo permitían una visita por interno. Estaba deseando ver su cara de rosa y retomar nuestro viejo ritual.

Cuando entré en la habitación, pensé que me había equivocado de puerta. La señora que tenía en frente vestía un pijama descolorido, tenía el pelo largo y amarillento, la tez pálida y la falta de la dentadura le absorbía las mejillas. «En persona está más desmerecida», pensé.

Iba directa a abrazarla. La enfermera rápidamente interpuso un brazo en mi trayectoria. Me explicó que a esta edad no convenía causarles emociones fuertes. Podía observarla desde la

puerta, pero no hacerle preguntas ni tocar sus medicamentos. «Juntas, pero no revueltas», me advirtió con un tono cortante.

La enfermera salió sin sacarme ojo. Me vigilaba desde el otro lado de la cristalera. Nunca dejaban a las familias con los ancianos sin supervisión, «para curarse en salud», se justificaban.

Me paralicé desconcertada frente a la cama y me derrumbó observar que la abuela había perdido su espíritu de batalla. No pronunció una sola palabra, pero lo dijo todo. Movié la vista hacia los dos botes de cápsulas y la jeringuilla que había encima de la mesilla, volvió a mirarme, cerró y abrió los ojos lentamente con resignación mientras una pequeña lágrima le humedecía la nariz.

En seguida, volvió a cerrar los ojos. Giró la cabeza y movió la nariz como solía hacer en nuestras batallas. Esta vez, los ganadores fueron otros.

«El sentimiento que nos une» *Simplemente alguien más*

Decíamos que luchábamos por una misma causa, pero yo nunca supe cuál era esa causa y creo que ellos tampoco, lo que sé es que nos unía el resentimiento. Todos estábamos llenos de cicatrices, de esas que nadie ve, porque están en el corazón o en el alma, no sé, tal vez eran heridas aún abiertas de la infancia. Sentíamos que el mundo y la vida estaban en deuda con nosotros, por eso nos unimos, para tomar lo que creíamos que nos correspondía. Robábamos, matábamos, torturábamos. Los demás nos tenían miedo, creo que también admiración, pensaban que éramos uno solo, un equipo de verdad. No era así, odiábamos a todos y a todo, nos odiábamos entre nosotros, incluso podría asegurar que cada uno se odiaba a sí mismo.

Siempre caminábamos juntos, pero él iba por delante, decía que no estábamos a su altura, que él era el líder, un líder nato. La verdad es que era un maldito tirano. Nos saludaba con el dorso de la mano, para que nuestros fluidos de ningún modo lo tocaran; pero cuando quería sexo eso se le olvidaba. Siempre debía ser cómo él ordenaba, a veces era sólo con uno de nosotros, normalmente conmigo, otras veces con varios, la última vez quiso con todos; es comprensible, era una mañana muy fría. Esa vez, mientras él daba instrucciones, los otros cuatro nos miramos y supimos que todos deseábamos lo mismo. Fue tan hermoso, las palabras fueron innecesarias. Lo matamos a golpes. Después hicimos una fogata, quemamos su cuerpo y aprovechamos el fuego para calentarnos y preparar el desayuno. En esos momentos hasta sentí que éramos amigos, creo que ellos sintieron lo mismo, pero en cuanto pasó la emoción volvimos a mirarnos con odio, con recelo. Era un hecho que alguno querría tomar el mando y, sin duda, también sería un tirano. A mí no me consideraban peligrosa, por ser mujer; eran tan idiotas. Yo me hice a un lado y observé, embelesada, cómo se hacían pedazos. Cuando los tres terminaron en el suelo, pensé en proclamarme lideresa, pero sabía que tarde o temprano terminaría como aquel maldito tirano. Me dolió darme cuenta de que ya no podía pertenecer al grupo, porque el grupo ya no existía.

Aproveché las últimas brasas de la hoguera, rocié a mis compañeros con alcohol, les prendí fuego y vi cómo se retorcían entre las llamas. Tal vez les hice un bien, fue la única vez que emanaron algo de luz.

Hice lo que tenía que hacer. Aun así, es tan triste la soledad, todos necesitamos ser parte de un grupo. Ahora tú y yo podríamos ser un equipo, una pareja, sin líder ni oprimido. Yo te odio y sé que tú a mí también, pero ese odio tan profundo y tan intenso llega a ser romántico, es un sentimiento tan fuerte como el amor, que une sin atar. Podríamos andar el camino de la vida de la mano... bueno, del dorso de la mano.

«La misma rutina»

Remus

Cada día la misma rutina. El despertador suena a las seis y media de la mañana, pero no es más que un aviso. La verdadera señal para despertarte llega a las siete menos cuarto. Esos quince minutos, sin embargo, te saben a gloria. La gloria de unos pocos minutos más en la cama, de unos minutos que deseas estirar una eternidad que siempre es corta, demasiado corta.

Estás cansado. No porque hayas dormido poco, que también. Tampoco es porque los niños sean revoltosos, pues por supuesto que lo son. No. Estás cansado de la vida. De la rutina. De una situación de la que no sabes cuándo serás capaz de escapar. Pero esta es tu vida, y esta es tu rutina. Así que te levantas, dispuesto a darlo todo. Aunque a veces no sabes cuánto puedes seguir dando en realidad.

Nunca desayunas gran cosa; tan solo un café rápido para aguantar la mañana. No tienes tiempo de mucho más; tardas casi una hora en llegar al colegio y bastante te cuesta quedarte dormido por las noches como para perder más tiempo por la mañana. Solo necesitas quince minutos. Vas al baño mientras se calienta la leche y, después, te vistes al tiempo que das unos sorbos al café.

A las siete de la mañana ya estás listo. Te pones tu mascarilla, tomas el maletín y sales por la puerta. No hay mucha gente por la calle; nunca la hay a esta hora. El problema llega cuando llegas al metro. No hay muchos pasajeros; por suerte, tu casa está al principio de la línea. Sabes que el verdadero problema llegará cuando vuelvas a casa, cuando de verdad tengas que estar rodeado de gente. Solo pensarlo te provoca una ansiedad que te dura todo el trayecto.

Pero ellos siempre te alegran el día. Son tus niños. Esas veinticinco caritas sonrientes. Esas veinticinco cabezas pequeñas. Esos veinticinco pares de ojos que te observan con atención, deseosos de escucharte, de aprenderte, de absorber conocimientos. Y tú te esfuerzas. Te esfuerzas por ellos, por enseñarles todo lo que sabes, por ayudarles a forjar

esas mentes en formación. Por dar lo mejor de ti para que ellos puedan ser la mejor versión de sí mismos algún día. Y, durante esas horas, eres feliz.

Hasta que sales del colegio. Las calles están llenas, pero lo peor está por llegar. No tardas en ver a la primera persona con la mascarilla por debajo de la nariz, ni al que se la baja para hablar por teléfono. Sueltas un suspiro y aprietas la mandíbula, consciente de que todavía te espera media hora de tensión.

Y, entonces, subes al vagón. Siempre en el último; has aprendido que es el menos abarrotado. Aun así, no hay ni un solo asiento libre. Nunca lo hay, claro, aunque tú tampoco te sentarías. Te quedas en una esquina, lo más alejado posible de los demás pasajeros. Tienes que aguantar.

Os toca viajar juntos, pero no revueltos.

«Otro día más»

Pavel Amanion

El otro día los volví a ver. Nos juntamos los 5 de siempre que no nos veíamos hace meses. Bah, verse sin aparato de por medio, cara a cara o «*In Real Life*», como le dicen ahora. Sentí tanta emoción como si estuviera viendo salir campeón a mi club de fútbol: esa alegría desbordante que le agarra a uno y no sabe qué hacer más que saltar y gritar. El primer impulso fue abrazarlos, obvio, pero sabía que claramente era contra las normas. La distancia permitida entre persona y persona era de al menos dos metros y no quería que lo primero que hiciéramos después de meses sin vernos fuera romper las reglas. Así que un saludo y una sonrisa tuvieron que bastar. Aunque lo de la sonrisa en verdad no estoy seguro, porque bueno, el uso del barbijo también era obligatorio. Pero no fue difícil imaginar que estaban sonriendo, ya los había visto sonreír en muchas otras ocasiones.

Los primeros diez minutos hablamos de corrido, casi con tres conversaciones al mismo tiempo, todos participando en todo. Después de los primeros veinte minutos, nos quedamos sin tema de conversación. Ya habíamos tachado todos los temas centrales: amores, estudios, trabajos, hijos. Y, la verdad, es que en esta cuarentena no estaba pasando demasiado en la vida de nadie. Así que, como es lo normal, empezamos a recordar el pasado. De esa vez en la secundaria cuando nos escapamos de clases y fuimos al cine, o como cuando nos emborrachamos la noche antes del examen final de matemáticas y aun así aprobamos. Mientras contábamos estas historias que ya habían sido relatadas innumerables veces, me sentí un poco más cerca mi hogar. No, no de mi casa. Sino de ese lugar al que puedo llamar mío y en el que me siento bienvenido. La verdad es que a mi casa, ya no la puedo llamar hogar. El gato que venía a hacerme compañía dos o tres veces por semana ya no viene, y mi helecho se secó. Irónico, teniendo en cuenta que estamos en temporada de lluvias. Pero no más irónico que el hecho de que me sienta más *en casa* estando sentado en ese bar de mala muerte, tomando cerveza de segunda mano, sentado a más de un metro de las personas que más quiero, comunicándome a través de un barbijo hecho con un pantalón viejo, y contento de escuchar historias que ya me sé de memoria.

«Llueve sobre la ciudad»

Sebastián Paz

Mientras voy temprano en el Metro y empieza a aclararse, un niño apoya sus dedos sobre la ventana y los usa como si fueran un par de piernas que corren y saltan sobre todo lo que se ve. La lluvia cae suave pero constante sobre los vagones. Tantas caras calladas que parecen decir que van a trabajar; la mía y tantas otras, pasmadas, como gritando por dentro por otra noche de exceso que ya pasó o, en mi caso, otro día de exceso que viene.

En la estación de transferencia, la mamá toma al niño de la mano y nos pasamos al Metrocable. Ahora teniéndolos sentados justo al frente, alza su mano y sus dedos parecen saltar encima de mí, tratando de esquivarme por completo. Me agacho para ayudarle y su mamá suelta una sonrisa dulce pero quebrada. Luego de devolvérsela, solo silencio mientras nos elevamos. El niño, más que sorprendido, parece fascinado con las alturas y empieza a saltar de la emoción dentro del vagón. Al ver que nos mecemos más así, su mamá lo calma abrazándolo.

Vamos llegando a la última subida antes de la siguiente transferencia y la mamá le dice que se prepare que ya casi llegan. Parece que llovió más duro en la noche y algunos ranchos no aguantaron. Se ve gente dispersa a lo largo de la zona tratando de volverlos a levantar. Pienso en la fortuna de llegar a un techo firme, en que ojalá no vayan a ninguno de esos ranchos y en que escampe a ver si toda esta gente puede tener un domingo tranquilo. El niño baja la mano y lo escucho hablar por primera vez. Le da las gracias a su mamá por llevarlo sobre los aires, sobre las casas y sobre la gente que han visto abajo, tan pequeñita. Le dice que ojalá tuvieran algo así donde vivían. Que si hubiera algo así en el campo podría haber corrido con sus dedos sobre los árboles y que también su papá y su hermano podrían haberlo hecho. Que ya no tendría que ser el hombre de la casa como le habían dicho los dos antes de esconderlos. Que la gente mala a la que solo se le veían los ojos no se los habría llevado. Que así sí se volverían a ver todos con seguridad y no si Dios quería como ella le había dicho.

Siento como que se me va la vida en un suspiro largo. El niño dice que siente como si se estuviera entrando la lluvia al vagón: las lágrimas de la mamá en su cuello que ahora parece abrazarlo aún más fuerte como para que no se dé vuelta y no le vea los ojos. Todos juntos ahí, pero nunca me sentí tan lejos de alguien: como dos mundos que se ven, pero nunca serán el mismo. El vagón va parando y las puertas se van abriendo. Sigue lloviendo sobre la ciudad. Ojalá que escampe.

«Desafío del destino»

Anna Braotti

Lucía encuentra a Enrique después de muchos años, se conocieron cuando eran muy jóvenes, y ya en aquel tiempo Enrique trató de amoldar a Lucía, que ella se formara bajo su horma, quería hacer de ella una mujer “socialista”, ya que él era militante de un partido socialista, pero Lucía era muy diversa, sus intereses eran diametralmente opuestos a los de Enrique, ella deseaba terminar su carrera, tener dinero, viajar, y también escribir, amaba el *rock and roll*, bailar, el mundo de la moda y la belleza; mientras que Enrique amaba la música protesta, y estaba en contra del capitalismo, que según él usaba a la mujer. Es así, que Lucía, quizás incoscientemente, permitió que Enrique huyera de ella, que la viera muy superficial para su gusto. Lucía sufrió, porque en el fondo ella amaba a Enrique, nunca antes había conocido a alguien como él, cuando lo conoció sintió que algo se “movió en su vientre, en su interior”, sintió que una energía diferente a la suya había entrado en ella, y eso la perturbó, y no pudo lidiar con ello.

Hoy, después de casi veinte años, el destino los ha puesto uno enfrente del otro, ambos solteros. Lucía es una mujer casi realizada, exitosa, si no fuera porque sabe que tiene algo pendiente por hacer, que solo haciéndolo logrará su completa realización. Enrique está feliz de verla, más enamorado que nunca, pero es el mismo, como si el tiempo se hubiera congelado, comienza nuevamente a tratar de amoldar a Lucía, de hacerla que entre en su horma, y Lucía comienza a sentir nuevamente ese desasosiego, ve amenazada su individualidad, por cuyo camino ha transitado todos esos años, y que le ha dado tantos logros. Vuelve a sentir esa extraña unión con él, como si él entrara en ella y la envolviera, y eso la incomoda, la desespera; pero a la vez, lo desea tanto, porque es con él con la única persona que ha sentido esa extraña unión, y sí, le gusta, no puede negarlo, y piensa: “es el destino que me ha puesto otra vez en frente a esta situación. Qué hacer, podremos vivir sin traspasar ese umbral, es decir, podré lograr que él no invada mi espacio, lo podré, realmente”. Lucía piensa que quizá a través de esa unión finalmente ella logrará su realización completa, y acaso

ese sea el desafío más grande que la vida le ha puesto, es él acaso su misión, cobijarse bajo él, bajo su energía, dejarse envolver por ella, pero no tanto, al punto de perder su individualidad, y que a fin de cuentas es esa individualidad de ella que atrae tanto a Enrique. Ella teme verse algún día separada de Enrique por la tan gastada frase “Nos separamos por incompatibilidad de caracteres”. Podrá Lucía mantener a Enrique al margen de ese umbral, que no lo traspase. Es ese el gran reto que tiene Lucía, como hará para que estén siempre “Juntos pero no revueltos”.

«Gabinete de maravillas»

Ramona

Acababa de terminar de dorar los marcos de fino roble con los que enmarcaría los curiosos retratos parlantes que coronaban su exótica colección de curiosidades.

Años atrás, había llegado hasta sus manos un pequeño libro de gastadas y deslucidas tapas verdes. Lo encontró arrumbado en la mesa de un buquinista parisino. Sin siquiera abrirlo, lo compró por esa inevitable culpabilidad que le embargaba cada vez que se detenía a curiosear lo mismo en un puesto de mercado que en una joyería. Por algún motivo se sentía obligado a llevarse algo, ya fuera una manzana o un prendedor de plata. Después de pagar, guardó el libro en el bolsillo de su abrigo y volvió al apartamento donde solía hospedarse.

Cansado por la larga caminata de ese día, arrojó el pequeño libro sobre una mesita debajo de la ventana donde dejaba todas las chucherías que la culpa le obligaba a comprar, pero tuvo tan mala puntería que cayó al suelo abriéndose de par en par. Miró hacia abajo y le sorprendió ver un vistoso dibujo. Lleno de curiosidad se dispuso a examinar el volumen. Era un libro viejísimo con láminas pintadas a mano que mostraban extraños artefactos. Cada ilustración estaba acompañada por asombrosas descripciones y, lo más sorprendente, por precisas indicaciones de cómo construir una sofisticada máquina que le permitiría viajar en el tiempo y dónde encontrar tan exóticos ejemplares. Maravillado, pasó toda la noche absorto por la lectura del peculiar manuscrito. Y a pesar de no haber pegado ojo, al amanecer se sentía lleno de entusiasmo y energía. Había tomado una decisión: construiría el maravilloso vehículo que lo llevaría a esa extraña dimensión para poder buscar cada uno de esos extraños especímenes y crearía un gabinete de curiosidades que competiría en belleza y esplendor con la mismísima Cámara de Artes y Curiosidades de Fernando II. Para cumplir cabalmente con su alto propósito elaboró un cuidadoso plan. Invertió toda su fortuna y todo su talento para lograr su ambicioso proyecto. Se alejó de los hombres y en un remoto paraje construyó un palacio y allí fabricó una extraña máquina que digna de

admiración con la que, durante años, recorrió el mundo de extremo a extremo. No hubo rincón de la tierra que no visitara, ni época que escapara a su insaciable curiosidad. De tanto en tanto volvía a su tiempo para depositar cuidadosamente sus tesoros en un soberbio salón que al propósito había construido.

Su larga travesía había llegado a su fin. Su colección estaba completa y pronto las puertas se abrirían para que, tal como habían sucedido con otros gabinetes de curiosidades en la historia, su cuarto de maravillas se convirtiera en un museo de asombro listo para recibir a sus visitantes.

Cientos de increíbles artículos se sumaban a su colección: un negro disco giraba en una extraña caja llamada fonógrafo producía una bella melodía. Una especie de ave metálica conocida como avión era capaz de surcar los cielos transportando a cientos de personas, armas extrañas disparaban rayos de colores, pero lo más extraño era una especie de cuadro plano en el que muchas personas conversaban animadamente unas con otras, le llamaban Zoom.

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

Autores

Patricio Baeza Carrasco
Sandra Barreda Q.
Lina Paola Bolívar Murillo
Keiby Braganti
Rebeca Brillas Ángeles
Enrique Calderón
Margarita Calderón García
Gloria Allison Capcha Benites
Antonieta Cecilia Carrasco del Carpio
Tobías Valentín Ceballos Patrignoni
Andrea Carolina Charles Lerma
Marcia Melisa Choquesillo Martínez
Emma Cotro Fernández
Aitziber Elejalde Sáenz
Luisa Escobar
Ana Inés Fernández
Marina Beatriz González
Denise Griffith
Daniel Hooft
Ricardo Augusto Iriarte Valdés
Elena Ledo Martínez
Saadia Liliana Bracamonte
Cristina López Esteban
Ángela López Sánchez
Zoe Lorente Marti
María Martínez Cervera
Aida Mateos Fuentes
Lázaro Montero Ledo
Shanat Andrea Oliveros Avendaño
Laura Osorio

Lucía Otero Rodríguez
Sebastián Pasiminio Hernández
Estela Peña Molatore
Guillermo Piedra Ramírez
Marcela del Portillo
Alejandra Ramírez Olvera
Mario Vicente Ricalo Borrero
Maricenia J. Rojas C.
Carla Rolón Martínez
Carmen Royuela
Anna Carolina Rudolf Mur
Rosa M. Ruiz Adanti
Paula Safar
Diego Steven Salamanca Zárate
Jorge Eduardo Salcedo Gómez
Daniel Schechtel
Maria Eloisa Squirru
Miguel Trujillo Fernández
Sara Vargas Sánchez
Ana Vellido
María Venegas Grau
Laura Vernaz
María Wieden Berenguer

Lectores

Julia Atienza Maeso
Nathaly Bernal
Isabel Calderón
Laura Chumillas
Bárbara Díaz-Munio
Fiorella Parodi
Amparo Pérez Gutiérrez



Palabras+ publica esta recopilación de los relatos según se recibieron.

Las obras pertenecen a sus respectivos autores.